







EL CHIQUITO ES GRANDE



**El Doctor Anás**

(VICTORIO DE ANASAGASTI)

# **El Chiquito es Grande**

**TOREROS VASCOS**



MADRID

IMPRESA ALEMANA.—FUENCARRAL, 137

1916







## Á PEPE GUIMÓN

GLORIA DEL FORO Y DE LAS LETRAS PATRIAS;  
VASCO INJERTO EN MADRILEÑO, QUE ACOGE CON  
ENTUSIASMO TODAS LAS MANIFESTACIONES DE  
ARTE, Y QUE HA CONTRIBUÍDO PODEROSA Y EFI-  
CAZMENTE Á QUE EN LA PATRIA GRANDE SE RE-  
CONOZCAN LOS MÉRITOS DE QUIENES NACIERON  
EN NUESTRA PATRIA CHICA, CON UN APRETADO  
ABRAZO DE SU ANTIGUO CONDÍPULO Y CA-  
MARADA,

VICTORIO DE ANASAGASTI



## El por qué de este libro.

---

### SUMARIO

La Empresa de la Plaza madrileña.—El caso de Gaona.—¿Por qué no figura el de Begoña en el abono?—La voz de la afición.—Primer libro de toreros vascos.



## EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO

Si así guisara las ollas,  
más medraran las barrigas.

*Quevedo.*

¡Buena está la Empresa *Echevarría and Compagny*, la empresa de la Plaza de Toros de la capital de España, para atender nuestros requerimientos ó nuestros consejos!

De todo se desatiende, de todo se ríe, y no tienen sus martingalas más ley que su capricho, ni más Dios que su voluntad. Parécese á aquella desaprensiva mamá á la que pedía auxilio *su niña*, cuando un atrevido galán hablábala con las manos tanto ó más que con la lengua:

—¡Madre!...

—¿Qué, hija?

—¡Que me toca Roque!

—¡Déjale que te toque!

—¡Tócame, Roque...!

Menosprecia cuanto supone estudio, trabajo, investigación, y engorda...

Decirla que esta combinación ó aquella otra son acertadas; advertirla que tiene injustamente arrinconado á tal ó cual espada, cuya presencia ó cuya ac-

tuación en el redondel agradecería la afición; que las reses de cierta procedencia llevarían espectadores, etc., etc., es perder el tiempo tontamente. Obra conforme le viene en gana, y poco le importa que se hagan públicas sus desaprensiones ó sus picardías.

Y así, mientras un día despluma al infeliz *Pepeillo*, cuyo beneficio—según se ha dicho—fué á parar á otras arcas que las del beneficiado; otro día recomienda á la Empresa mexicana un pobre novillero, al que no conoce ni le hizo un hueco en los carteles; ó provoca con intemperancias, propias de neurasténico, conflictos entre espadas, ganaderos y público... Suelta, con pomposos títulos, bueyes indecorosos ó indecorosos becerros, ó se las echa de rumbosa y espléndida publicando cualquier bobería, como si fuese la abstrusa resolución de un problema ó el parto laborioso de un engendro.

¿Quién dice á tal Empresa que el espada Rufino San Vicente, el *Chiquito de Begoña*, debía haber figurado en el cartel de las corridas de abono con tantos honores como el que más; ó que no merecía ni por su historia, ni por su nombradía, ni por sus méritos (no decrecidos un ápice, sino exaltados cada día), el olvido, por no decir el desprecio de que ha sido objeto por parte de ella?

¡Tanto caso hubiese hecho de estas advertencias, como hizo de las que con respecto al buen torero Gaona se le dirigieron por capuletos y montescos de la afición!

Pero el caso de Rodolfo, alejado injustamente de Madrid, no es igual que el de Rufino. Envuelve á Gaona una atmósfera dañina; rodéanle malos consejeros y amigos que en nada le benefician: le atribuyen hechos y palabras que hieren al patriotismo de los españoles, á quienes, precisamente, debe su encumbramiento: se hacen públicos, con nada sana intención, defectos que yo ignoro si los tiene, y una descuidada educación. Gaona, pues, por causas que al aficionado deben tenerle sin cuidado, torea sólo en provincias, y cada día menos de lo que por sus méritos de lidiador debía torear. Gaona sigue un mal camino, en el que le han puesto sus inclinaciones (cosa que cuesta creer), ó sus enemigos.

El *Chico de Begoña* es caso distinto. Nadie ha puesto en duda su excelente conducta, ni su notable aplicación; jamás le han cegado los éxitos que en la profesión ha logrado; es dócil, es prudente, es modesto—excesivamente modesto—, bien educado, y huye siempre de los aduladores y apasionados.

Como artista, es muy inteligente y muy observador. ¡Bastante mejor torero de lo que creen muchos! Y en los años que lleva ejerciendo la profesión, ningún otro matador ha conseguido pisarle las zapatillas: tales son sus arrestos.

Este libro que, como su título indica, viene á demostrar los grandes méritos que Rufino tiene como torero, como prototipo del torero vasco y como hombre de inmejorables sentimientos, es la voz que alza un pobre aficionado, de cuya inteligencia en

estos asuntos todos han dicho bien (más por cariño que por merecimientos); es la voz de la afición que yo recojo y que yo interpreto, no para mendigar para el espada de Begoña mendrugos que él dignamente desearía, sino para tratar de poner remedio á las injusticias que con él se cometen.

De otros toreros, andaluces, castellanos, valencianos, aragoneses y gallegos se ha dicho mucho y muy bueno por plumas mejor cortadas que la mía.

De los toreros vizcaínos (1), que á nadie buscan, sino que hay que buscarlos, porque son por temperamento demasiado serios y formales para medrar por malas artes, y que no son menos de ser tenidos en cuenta por la afición, poco ó nada se ha escrito.

---

(1) Pese al P. Larramendi y á otros padres y abuelos que se desesperaban cuando á un guipuzcoano ó á un alavés se llamaba vizcaíno, y que hasta llegaron al insulto cuando desde la cátedra sagrada se dijo que San Ignacio era vizcaíno, yo, vizcaíno, y con algunos conocimientos de Geografía, de Etnografía, de Literatura y de Gramática, que el P. Larramendi olvidaba á menudo, llamaré vizcaíno (siempre que lo tenga por conveniente) al habitante de cualquiera de aquellas provincias. Y no por simple capricho, no; vizcaíno es palabra genérica y equivale á vasco, vascón ó vascongado, cuyas raíces no pueden ser más semejantes... Dicho de otro modo, vizcaíno no es palabra sustantiva, sino adjetiva ó apelativa: vale tanto como el apellido, común á la estirpe.

Esto se explica recordando lo que todos saben; que Vizcaya fué en todo tiempo la hermana mayor y la más importante; que en su jurisdicción está el monte del que toma su nombre, y en ella está el árbol santo de Guernica, símbolo de lealtad y de firmeza, enseña augusta del pueblo vasco. Golfo de Vizcaya se llama también al de Gascuña. Señores de Vizcaya á los Reyes de Castilla.

¿Qué tiene, pues, de sorprendente que el inmortal Cervantes llame vizcaíno á aquél guipuzcoano que se las tuvo con Don Quijote?

Vizcaíno se decía entonces al vasco, vizcaíno lo llama también Quevedo y vizcaíno se le llama hoy, sin que ello suponga desconocimientos geográficos, ni étnicos, ni históricos en quien así se expresa.



Esta empresa estaba reservada á quien, como yo, motivos sobrados tiene para conocerlos á fondo; aunque no posea los conocimientos históricos y la competencia que amigos cariñosos me atribuyen. Pero el libro que hace unos meses dediqué á Belmonte y que ellos juzgaron un acierto, me condena y les engaña.

No obstante, el amor que saben que profeso á la patria chica—cuya nostalgia lloro—, y la necesidad de escribir algo sobre el origen y la importancia de los toros en Vasconia; así como la conveniencia de deshacer errores que sobre el carácter de raza se han difundido, me han puesto en este trance peligroso, del que no sé si saldré con bien. Por lo menos, nadie dirá que no he puesto todo el amor y toda la voluntad que en mis trabajos pongo; sobre todo, cuando de un modo ó de otro, busco ocasión de cantar á aquellos aguerridos descendientes de los iberos, cuya limpia historia, cuyo milenario lenguaje, cuya moralidad y cuyas leyes han sido y son orgullo de la nación española y espejo del mundo entero.



# Antigüedad de la fiesta.

---

## SUMARIO

La fiesta de los toros es netamente española.—Trasladada á otros pueblos, pierde su grandeza.—Su variedad, dentro de su unidad, favorece el interés que despierta.—Grecia, Roma y España en los juegos públicos.

Antigüedad de la fiesta en Vasconia.—Vasconia pueblo único en la historia por su moralidad, su administración y espíritu de sus moradores.—Fiestas de toros en Bilbao.—Idem, ídem en Bermeo: novillos en el puerto.—*Frascuolo* en Tolosa.



## ANTIGÜEDAD DE LA FIESTA

Reímonos de ver lo que ultrajáis  
á los villanos, moros y judíos...

*Quevedo.*

Ningún historiador ha podido señalar en los fastos de la historia taurica la fecha de su origen.

Hay quienes la hacen romana y quienes la juzgan de procedencia árabe: algunos la creen nacida en el siglo xiv, y no faltan quienes la suponen anterior ó posterior á esta época.

Nosotros, que antes de nada hemos estudiado el clima y la fauna de la Península ibérica, podemos asegurar que el toro bravo y noble, el toro de lidia, el elemento principal de la fiesta, y sin cuyo concurso no existiría ésta, es de origen español, y no sólo de origen, sino que únicamente en nuestro suelo puede nacer y hacerse: trasladado á otra latitud, pierde las condiciones que le caracterizan y pasa á ser uno de tantos bovinos.

Ni en Francia, ni en Italia, tan semejante á España; ni en ninguna otra región del viejo ni del continente americano, podrán tener jamás las corridas de toros la grandeza que aquí tienen: porque el toro

español, gallardo, hermoso, fuerte, cuya aparición en el ruedo es de un efecto difícil de pintar, sólo en la vegetación, en el agua, en las condiciones especiales de nuestro clima, halla su valor y su fiereza. Valor y fiereza que conserva hasta morir, aunque la respiración le falte y la sangre se le vaya por las heridas. Correrán toros en New York, en el Brasil ó en la Patagonia; pero yanques y brasileños y araucanos no sabrán, no tendrán, no podrán tener idea exacta de lo que es una corrida de toros en España.

Podrá esta fiesta influenciarse por costumbres de época, que darán importancia á lo que antes no concedieron atención, ó por las exigencias de cuantos intervienen en su organización ó composición; y, acaso, por la educación del pueblo; pero éste no querrá perder, así como así, lo que recibió como legado de sus mayores, y se reirá de los impugnadores de la fiesta, como tiempo atrás rióse de Felipe D'Anjou, de Manuel Godoy, de Navarrete, de Silvela, de Maura. . .

Está hondamente arraigada y constituye para los españoles una pasión.

Pero estas corridas tienen, dentro de la Península—sin descontar á Portugal, cuyo sistema de toreo es muy semejante al nuestro—diferencias que no atañen á la fiesta en sí, ni á su grandiosidad, pero que constituyen notas de color que las hace inconfundibles. Por estas razones, los aficionados que pueden permitirse el lujo de ausentarse del hogar por unos días ó por una temporada, esperan

con impaciencia la llegada de tales ó cuales ferias para trasladarse á ver corridas, aunque, seguramente, no verán toros que no vieron en su localidad, ni lidiadores desconocidos; pero esos toreros y esos toros los verán en otro marco distinto. ¿Cómo negar que una fiesta en Pamplona y otra en Sevilla, organizadas con los mismos elementos, ofrecen distintas sensaciones, atractivos distintos?

Pues esta variedad, dentro de su unidad, constituye otra razón de la vida de nuestro espectáculo favorito y único. Los sellos que le caracterizan y le distinguen, según en qué regiones se celebran, son alicientes que ningún otro género de espectáculo puede ofrecer al curioso visitante; y la facilidad, cada vez mayor, en las comunicaciones, favorece ese mismo interés que las corridas ofrecen allí donde se verifican.

¿Que su origen es árabe? ¿Que es de origen romano? ¡Poco nos importa! Lo que sabemos es que España, desde los remotos días en que era provincia de Roma, mostró preferencia por las luchas del hombre con el toro, y que aquí tomó un incremento que no tomó en Roma ni en las demás partes del mundo entonces conocido.

Grecia y Roma preferían la lucha de gladiadores que morían unos á manos de otros, mientras que España se inclinaba por la lucha del hombre con el toro, que casi siempre resultaba vencedor. . .

En Roma, quizás llevadas allí por españoles, hubo juegos taurios en el circo Flaminio; y á veces, des-

de el tablado, valiéndose de flechas, herían ó mataban toros—como luego se ejecutaron en España, aunque no desde el tablado, sino en la misma plaza, hasta mediados del siglo XIII—, cuando aparecen los tesalianos, diestros jinetes, que los herían y cazaban á caballo. . .

¿Dónde nació, de dónde vino nuestro espectáculo?

Indudablemente, es nuestro, únicamente nuestro; ya que ningún otro europeo ni americano (salvo algún hijo de las naciones de origen español) ha podido lidiar toros, por muchas que fueran su habilidad y agilidad.

Hemos dicho que sólo en España existe el toro de lidia, y que los que en otros países se crían, no son tan bravos ni tan fieros. Luego, españoles tuvieron que ser, por fuerza, los que convirtieron en lidia lo que debió tener su origen en la defensa y en la caza, ó sea en la lucha con tan temible animal cuando se le irrita ó acosa y tan seguro siempre de su poderoso brío.

\* \* \*

En la región vasca, las fiestas de toros son antiquísimas; tanto como en Andalucía.

No tratamos aquí de las fiestas en que lucían su gentileza los caballeros que alanceaban toros: hablamos de las corridas de toros propiamente dichas y organizadas ó llevadas á cabo por profesionales.

Navarra, desde tiempo inmemorial, celebró sus fiestas y acontecimientos notables con toros.



El Rey Carlos II mandó celebrar corridas en Pamplona en 1385, para las que ajustó á dos hombres de Zaragoza, moro y cristiano, encargados de matarlos en su presencia.

Luego, en 1600, ó por lo menos desde entonces, ya hizo fiestas *en honra y conmemoración* del gloriosísimo San Fermín, su patrón, y siempre las mantuvo á gran altura.

De Navarra era D. Bernardo Alcaide, conocido por *El Licenciado de Falces*, diestro en el toreo, especialmente en navarras y galleos, sin desembozarse la capa, y que con ella en la mano ejecutó difíciles y lucidas suertes. Saltaba los toros en rápida carrera con gran facilidad, y Goya le inmortalizó en sus famosas láminas del toreo, en compañía de su competidor y amigo D. Sebastián Ponce de León, natural de Haro, con el que fingía estar en animada conversación (los dos embozados y cubiertos con grandes sombreros), y que sin moverse del sitio, en el centro de la Plaza Mayor de Madrid, libraban las acometidas del toro por medio de quiebros con el cuerpo ó dándoles salida con los vuelos de sus capotes, sin deshacer ni una vez los embozos. Esto ocurrió en las fiestas reales celebradas con motivo de la segunda exaltación al trono de España del rey Felipe V, en Noviembre de 1725.

Navarra es, de las cuatro provincias hermanas, de las cuatro no sujetas á Roma, ni conquistadas por los bárbaros, la más torera; y aun hoy, á través de los siglos, conserva mejor que las otras su espí-

ritu de raza. Vizcaya, Alava y Guipúzcoa también lo conservan en cuanto los portentosos descubrimientos modernos han borrado las distancias, poniéndolas en comunicación con extraños pueblos; pero no así sus capitales, principalmente Bilbao y San Sebastián, que no tienen de poblaciones vascas absolutamente nada más que el suelo y el cielo. Son cosmopolitas y de ellas hay que salirse, ó no detenerse en ellas, si se quiere estudiar y conocer lo típico de aquel pueblo arrojado, valiente, que ama como ninguno su organización y sus tradiciones.

Navarra crió toros y los jugó; las otras provincias se conformaron con correr novillos, hasta que el incremento que tomaba la fiesta por lidiadores de á pie, echó raíces hondas, al mismo tiempo que en Andalucía y en la Corte.

En su historia, que es todo heroísmo y abnegación; entre sus hombres, que tantos días de gloria han dado á la patria y á la humanidad, ¿cómo habían de faltar viriles y esforzados para la lidia? ¿Dónde, qué pueblo de la historia puede presentar tan feroces guerreros, tan diestros navegantes, tan valientes descubridores; músicos, poetas, pintores, filósofos?

¿Qué pueblo se ha regido por leyes tan sabias? ¿Cuál otro tuvo el espíritu que informó sus venerandas antiquísimas costumbres, cuya gloria está por encima de sus fueros y privilegios?

Pueblo único en la historia por su moralidad, por sus costumbres; por la constitución de la familia, que ha sido la admiración de todos los sociólogos;

por el idioma, tan ingrato á quienes no lo poseen y tan dulce y poético para los que le hablan; por su bravura, por su templado ánimo en la defensa de su territorio y por el que demostró en la lucha con sarracenos en las Navas de Tolosa, ante los muros de Sevilla, en la batalla del Salado y en Granada; por su nobleza característica; por sus caracteres etnográficos; por su espíritu emprendedor; por sus tendencias, no á la emigración, como dicen Carmelo Echegaray, Fabré y otros, sino á descubrir lo que el furioso Cantábrico quiere aislar con sus rabias titánicas, y que ha servido á los vascos para difundir su sangre por todos los estados de la América latina y de Oceanía, ¿cómo no había de correr toros, haciendo alarde de su valor, cuando otros pueblos hacían de la lucha con el toro su espectáculo favorito?

Villa hay en Vizcaya y de las más antiguas, que todos los sábados del año corría novillos ó vaquillas por sus calles, plazas y paseos, ya enmaromados, ya sueltos; y no sé si aún conserva esa costumbre: creo que sí; por lo menos, la ha mantenido hasta hace pocos años.

Y en todas, grandes ó chicas, este espectáculo era indispensable en determinados días ó festividades: San Juan, en Eibar y Tolosa; San Pedro, en Mundaca y Bermeo; la Virgen del Carmen, en Zornoza y Santurce; Santiago, en Vergara; San Antonio, en Durango; San Ignacio, en Azpeitia; San Roque, en Guernica; Santa Eufemia, en Bermeo, etc., etc.

Bilbao, desde los primeros días en que la fiesta pasó á ser del pueblo, vió en su Plaza Vieja á los más notables lidiadores: Legurregui, *Martincho* y otros toreros vizcaínos y navarros de menor nombradía: Esteller, los famosos Romero, de Ronda; *El Africano*, *Costillares*, *Pepeillo*, Cándido, *Curro-Guillén*, *Sentimientos* . . . Cuantos á mediados del siglo xviii y primeros del xix se distinguieron en la lidia y muerte de los toros.

¿De dónde habrán sacado los que indebida ó impropriamente se llaman *bizkaitarras* (1) que los toros son de origen exótico, español ó *maketo*, y que es preciso desterrarlos, porque nunca entraron en nuestras costumbres? . . .

*Toda sangre, hidalguillo, es colorada...*

Se ha dicho que con fuertes barrotes de hierro clavados de trecho en trecho en el suelo y ligados entre sí, formaba Bilbao el círculo ó redondel para la lidia en su Plaza Vieja; y que detrás de ese círculo se alzaban los tablados para el público. No es cierto: la plaza era rectangular, con vallas que cerraban las bocacalles, y por la parte de la ría no había más

---

(1) Porque vizcainarra quiere decir vizcaíno, vizcaíno amante de la Vizcaya foral, independiente y grande; y en este sentido lo somos todos, vizcaínos y no vizcaínos, cuantos conocemos la historia, sin necesidad de militar en credos políticos; como lo fueron, indudablemente, Pí y Margall, Cánovas y Castelar, que nada tenían de vascos en la descendencia ni en el nacimiento y que no obstante, fueron cantores excelsos de nuestra amada región. No como otros que destruyen el linaje que heredaron, pretendiendo pasar por hidalgos y sin procurarlo.

contrabarrera que la que formaban los bergantines y faluchos, goletas ó fragatas que hasta allí pudieran subir aprovechando la pleamar, ¡con la que había que contar de antemano para señalar los días de corrida!...

La Casa consistorial, que se alzaba á un lado de la iglesia de San Antón, tenía un balcón corrido en el primer piso, donde se colocaba la presidencia, que la formaban el Corregidor y los capitulares, rodeados de las familias principales ó aristocráticas: los balcones de las casas que miraban á la ría, hacían de palcos, y el tendido para el público se disponía en dos de los lados del paralelogramo; debajo de estas casas y en el del frente á la presidencia: los barcos veleros se abarrotaban de gente hasta las jarcias...

¡Jamás plaza alguna ofreció tan magnífico y original golpe de vista! ¡Qué lástima que el inmortal Goya (cuyo apellido no puede ser más vasco) no pasara por allí! ¡Qué pena que Ignacio Zuloaga no viviera en aquellos días!...

Diego del Alamo y Pedro de la Cruz (que aún no habían trabajado en Madrid) con los hermanos *Navarrillo*, dejaron grata memoria en 1756, en las corridas celebradas con motivo de la apertura de la iglesia de San Nicolás de Bari.

Cuarenta años después, cuando ya se fueron de retirada Legurregui y *Martincho*, los hermanos José y Pedro Romero trabajaron juntos, y en 1803 toreó Pedro Romero con Jerónimo José Cándido.

En la misma Plaza Vieja, el mes de Agosto de 1842, el gran Francisco Montes dió la alternativa de matador de toros al *Chiclanero*: ambos actuaron seis años después y estrenaron la primera plaza que tuvo Bilbao, construída, conforme á los adelantos de la época, en los terrenos que hoy ocupa la estación férrea de Bilbao á Tudela; y en ella trabajaron Juan León, *Cúchares*, *Tato*, Casas, Cayetano, Domínguez y cuantos de algún renombre existieron entonces.

Destruída esta plaza, se edificó otra en Zabálburu, y á ésta siguió la que se levantó al final de la calle Hurtado de Amézaga; hasta que en 13 de Agosto de 1882 se inauguró la actual de Vista-Alegre, construída por acciones, y que, una vez amortizado el capital empleado, pasó á ser propiedad de la Santa Casa de Misericordia y del Hospital.

En esas corridas de inauguración figuró *Guerrita* como banderillero en la cuadrilla de *Bocanegra*, espada que mató el toro *Casailla*, de Pérez de la Concha (bravo, que tomó diez varas y el primero que pisó la arena); tal fué el trabajo de *Guerrita*, que Fernando Gómez, *El Gallo*, que actuaba de tercer espada (1) le llevó consigo, presentándole en Madrid el 24 de Septiembre de aquel mismo año.

Veinte años más tarde se alzó á poca distancia de la de Vista-Alegre, y casi frente á ella, pero al otro lado de la carretera de Santurce, otra plaza, de ma-

---

(1) El segundo era José Lara, *Chicorro*.

dera, á la que llamaban del Recreo, y que duró pocos años: por allí desfilaron Gavira, Lesaca, *Pepe-te II*, etc.; y hoy, Bilbao tiene además de aquélla, la llamada de Indauchu, destinada á ser cubierta...

En otras poblaciones de las Vascongadas, Azpeitia, Bermeo, Deva, Durango, Eibar, Fuenterrabía, Guernica, Lequeitio, Mondragón, Mundaca, Orduña, Plencia, Portugalete, Tolosa, Valmaseda, Vergara, Villarreal, Villaro, etc., se han dado y se dan corridas de toros y de novillos; y han sido cuna de toreros, Oyárun, Durango, Estella, Elgoibar, Arratia, San Sebastián, Bilbao, Lequeitio, Busturia y Baracaldo.

\* \* \*

Pero de todas ellas—descontando, claro está, á las capitales—Bermeo, la antigua capital del Señorío, fué la más aficionada al espectáculo; aunque hoy no lo sea, debido, en parte, á la detestable administración que tuvo en la organización de las fiestas, siempre encomendadas á los muchos *Franchúas* y *Zurbanos* que allí abundaron siempre.

Tuvo Bermeo en su recinto cinco plazas de madera: la primera se construyó al Oeste de la villa en terrenos de la Rivera, en lo que hoy es huerto del convento de PP. Franciscanos. En esta plaza trabajó el matador de toros Zاراcondégui por los años 1737 á 1742, con su cuadrilla de navarros.

Destruída por un incendio, se construyó otra al norte de la vetusta población en 1750, en la expla-

nada que existe á espaldas de las escuelas municipales de la Atalaya, y la inauguró el navarro José Legurregui, *El Pamplonés*, que en su cuadrilla llevaba al famoso guipuzcoano Martín Barcáiztegui, *Martincho*. Este y el espada sevillano Diego del Alamo trabajaron juntos el día de San Pedro de 1773; y en 1785 se dieron las últimas corridas, porque el estado ruinoso en que se hallaba la plaza, no permitía la celebración de espectáculos públicos.

Desde esa fecha hasta mediado el siglo XIX, no tuvo plaza de toros Bermeo; pero, unas veces utilizó la plaza de San Francisco, vulgarmente llamada el *Portal*; otras, la plaza de la Constitución y el puerto, para correr novillos por profesionales, y cuando no, sueltos ó ensogados, por el público.

En el *Portal* actuó en 1816 Antonio Ituarte, conocido por el *Zapaterillo de Deva*, dejando grato recuerdo por su valentía y su arte.

Ituarte  
es torero  
de más valor y más arte  
que Romero...

Cantaba el pueblo, con otras coplas graciosas, pero enrevesadas, que aquí no podemos transcribir por estar compuestas de voces vascas y castellanas.

A mediados del XIX, y en terrenos próximos á los que ocupó la anterior, se levantó otra, mejor construída y capaz para 6.000 almas, que la estrenó *Cúchares* en el 24 de Junio de 1856.

En esa plaza sufrió grave cornada en 1868, Anto-



nio Pérez, *Ostión*, que actuaba de matador de novillos, y que el año anterior trabajó de banderillero en la misma plaza con el matador de toros Domingo Mendivil, de Durango.

Treinta años después y también en la *Atalaya*, pero más al Norte y en lo que hoy es dependencia del Manicomio Provincial, se edificó otra, por la que desfilaron los novilleros *Joséito*, *El Templo*, de Zaragoza, *El Alaves*, *El Manchao*, etc., y *Joséito* sufrió una grave cogida en 1885. Funcionó poco tiempo esta plaza y hasta que en 1894 se levantó otra en la Ribera, camino de Albóniga, se corrieron toretes sueltos en el puerto y enmaromados en el centro de la población.

Los novillos en el puerto tenían una nota típica, de color, semejante á la que ofrecía Bilbao en su Plaza Vieja. Desde las casas que están en la falda de Gaztelu, hasta la de *Erramona Porrota*, las muchas que están dispuestas en un arco semejante al de una C, todas se hallaban engalanadas y ocupadas por el pueblo, que ansioso de ver salir al novillo de la tierra, dirigía sus miradas á la casa de la Cofradía de pescadores, en una de cuyas bodegas se les enchiqueraba. No pequeña parte de la población presenciaba embarcada el espectáculo; y en lanchas también se colocaban la Banda Municipal y el tamboril.

Yo recuerdo haber visto dominguillos y pantomimas que el público reía gozoso, y á Juan *Arro* y á *Damelamano* (á quien gustaban más los *amaiketacos*

de Sebastiana y la sopa de ajo de Sotera que el cocido casero), pagar con volteretas sus atrevimientos.

Un día, el entonces joven José Hormaza, vestido de blanco y con sombrero americano, quiso asombrar al pueblo con su arrojo, y saltó al palenque: mas una vez en él, debió faltarle valor para emular á *Cúchares* y nada intentó, como no fuese el experimento de Tancredo; que el pavor no le dejó moverse. Fijóse en él el novillo y allá se le fué, rápido como centella: Hormaza no tuvo dónde refugiarse y entre perecer ahogado ó perecer entre los afilados cuernos del animal, optó por lo primero, tirándose de cabeza al agua... El pueblo, en recuerdo de la cómica escena, que hoy todavía no la olvida, bautizó al héroe con el mote de *Saltalamar*, que disgustaba tanto á Hormaza como el de *Desperdicios* á Manuel Domínguez.

Otro año, uno á quien el vino le hizo sentirse torero y al que se le conocía por *Desondraviscaya*—sin duda por bueno—, fué alcanzado y volteado por un toro, que, como el amoníaco, le quitó la borra-  
chera, ¡y hasta el vicio!—según se decía.

Por lo que se ve, Bermeo ha dado pocos toreros, aunque sí aficionados.

Cuéntase que un novillo, persiguiendo á un valiente, subió las escaleras de una casucha de pescadores, y, llegando al primer piso, penetró, dispersando á los muchos que allí se encontraban y que hallaron refugio debajo de las camas, encima de los muebles, en la chimenea de la cocina, en la carbo-

nera, en el retrete... Pero el toro corrió derecho al balcón, después de haber destrozado un espejo, en el que, viéndose reflejado, se figuraría hallar ante un hermano.. Otros cayeron al agua y á nado salieron del puerto, abriéndose camino entre los *potines*, *traineras* y *baidacos* que formaban el *tendido flotante*, y ocasionando no pocos sustos y desmayos.

Mundaca, la población más próxima á Bermeo, y que como ésta festeja al Príncipe de los Apóstoles, organizó en 1892 y 1893 unas novilladas en las que ví actuar al entonces espada de novillos Nicanor Villa, *Villita*; á Bóman, á los hermanos Calle, al riojano Guillén, á Ramón Rovira...

Bermeo no quiso ser menos que Mundaca, y en 1894, como antes decimos, y bajo la dirección de D. Gregorio Arriola, levantó la última y la mejor de las plazas que tuvo. La inauguró Julio Aparici, *Fabrilo*, en 29 de Junio, despachando dos medias corridas de Clairac y otra ídem de Tabernero, quedando muy bien. En igual fecha de años sucesivos, trabajaron Fuentes y *Bonarillo*, y pasaron por ella *Cocherito de Murcia*, Ramón Rovira, *Naranjito*, *El Segoviano*, *Pella*, *Regaterín*, *Chato*, de Zaragoza, Alcañiz y *Cocherito*, de Bilbao.

Guernica tuvo dos plazas por esos mismos años: en la primera torearon *Mancheguito*, *Litri*, *Pepeillo*, etcétera, y en la segunda sólo el espada *Minuto*, que trabajó en dos corridas, una de Teodoro Valle y otra de Saltillo, en la que salió lastimado en un brazo.

De los hechos notables que en el resto de las pla-

zas vascongadas ocurrieron, sólo merece citarse el que realizó *Frascuero* en 25 de Junio de 1886 en Tolosa, un año antes de su alternativa: mataba al quinto de la tarde, un toro navarro que se querenció en un caballo después de un pinchazo y media estocada que aquél le recetó, y cuando, impaciente, rabiaba por acabar con el bicho, otro, el destinado para el sexto, rompiendo las puertas del toril y salvando la barrera, brincó al redondel, furioso, encampanado y desafiando. Salvador, que al pronto no se dió cuenta del por qué del griterío del público, volvióse, encontrándose con el intruso é impaciente toro. Verle, abandonar al toro herido al lado del caballo y acercarse resueltamente al otro, muleta y estoque en mano, fué cosa de un instante.

El toro, sin dejarle llegar, se le fué encima con la rapidez con que los toros de Navarra acometen. *Frascuero* aguardó á pie firme la embestida y hundió en las péndolas el estoque, tan bien dirigido, que la fiera rodó acto seguido. Luego, andando muy despacio y entre los atronadores vítores de la multitud, volvió al quinto toro, del que dió fin con un descabello.

\* \* \*

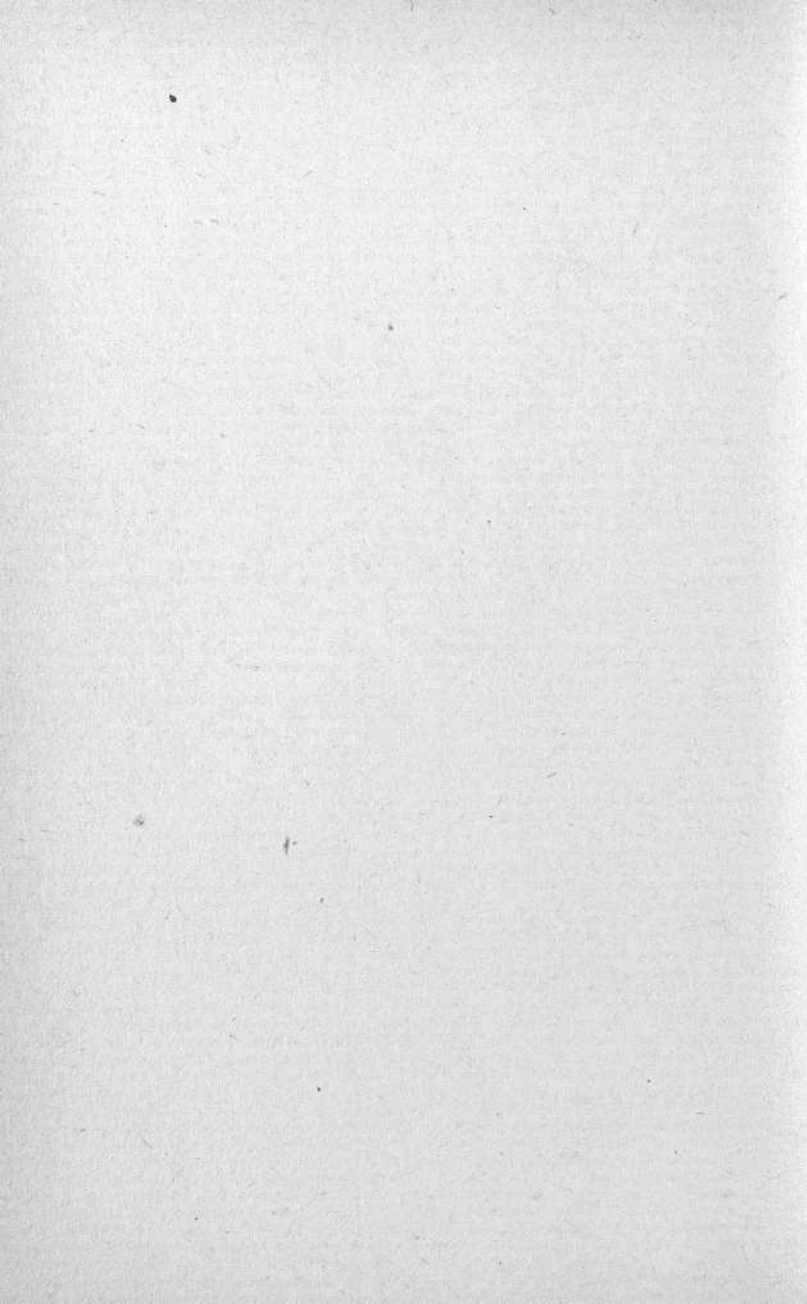
Pocas han sido las desgracias que ocurrieron en estas provincias á los lidiadores: en San Sebastián falleció el picador *Cigarrón* en 1901; en Bilbao, el mismo año, el banderillero *Isleño*, y en Vitoria, el banderillero *Chilaitas*, en 1857; el picador Manuel

García, en 1864, y el banderillero Mateo López, en 1867.

En Bilbao quedó invalidado para la profesión el novillero *Recajo* (que hizo concebir grandes y fundadas esperanzas á la afición), en 1913, por el toro *Zamorano*, de Amador García, que le infirió una gravísima cornada en el muslo derecho, que hizo necesaria la amputación de la pierna.

Y en Vergara, en 1896, falleció el banderillero aragonés *Frasculito*, que toreaba á las órdenes del *Chato*, de Zaragoza.

---



# ¿Toreros ó toreras?

---

## SUMARIO

No todo ha de ser para los fenómenos.—Nuestro apostolado por la fiesta de toros.—Muchos revisteros más dañan que favorecen á la fiesta. - Razón de este libro.—*Chiquito* en la suerte de recibir.—¿Volverán *La Fragosa* y *La Reverte*...?





## ¿TOREROS Ó TORERAS?

Todo se ha trocado ya,  
todo al revés está vuelto.

*Quevedo.*

En estos tiempos, de fenómenos y niños prodigios, descolgarse con un libro dedicado al *Chiquito de Begoña*, parecerá á muchos empresa tan atrevida como disparatada. Sin embargo, no es así, y el lector nos dirá si anduvimos ó no errados, cuando cierre el libro que en sus manos han puesto las peccadoras nuestras.

Quede para otros menos audaces la labor de repetir hasta la saciedad en libros y folletos, en diarios y revistas, el día de la alternativa de *Joselito*, las andanzas pretéritas de Belmonte y otras menuencias que á nadie pueden interesar; y echemos sobre nuestras recias espaldas el trabajo de analizar la fiesta nacional bajo un punto de vista psicológico, original y nuevo, como exigen las modernas corrientes. Al que es aficionado, quizás le interesen estas cuestiones; pero nunca tanto como al lector no aficionado ó al indiferente. A éstos, sin que ellos

se den cuenta, hay que traerlos á nuestra comu-  
nión; hay que excitar su curiosidad; hay que hacer-  
les fijar la atención con libros que se salgan de lo  
vulgar. Y si este primer paso lo damos en firme, el  
resultado no se hará esperar.

Recordad aquello del satírico Marcial:

    Escribí; no respondió  
    Nevia; luego dura está,  
    mas, ella se ablandará,  
    que lo que escribí, leyó.

\*  
\* \*

Si el aficionado de estos tiempos guardara memo-  
ria de muchos acontecimientos cuya trascendencia  
es forzoso reconocer; si no fuera tan impresionable  
que, olvidando triunfos legítimamente adquiridos,  
se pasara á otros bandos; si pudiera hacer verdade-  
ro examen de conciencia y no se dejara llevar de la  
novedad, engañado por efímeros éxitos, nuestro em-  
peño de escribir este libro, no parecería tan atrevido.

Pero esa misma inseguridad con que hoy defien-  
de lo que ayer combatía; ese desequilibrio que im-  
pera en el mundo aficionado, débense principalmen-  
te á la detestable dirección de muchos que por mé-  
ritos ó influencias están ocupando las tribunas de  
los importantes diarios, desde los que lanzan afir-  
maciones poco fundamentadas ó inverosímiles, que,  
como todo lo malo, pronto encuentran terreno para  
germinar.

Para ellos—á los que incluimos en el número de los enemigos y de los indiferentes—van principalmente estas notas; que no caerán ó no deben caer en el vacío, cuando las inspiran una sinceridad grande y un amor sin límites á la verdad.

\*  
\*  
\*

¿Tan difícil, tan incomprendible es creer en la valentía, en el arte, en la vergüenza torera del más vasco de todos los lidiadores que ha dado aquella brava tierra? Si habláramos de algo que está por ver ó por probar; si el cuerpo de Rufino no estuviese *tatuado* por los afilados cuernos; si en su afición se hubiese observado algún decaimiento, ó en su estudio de los buenos modelos alguna holgazanería; si el desengaño hubiera matado sus ilusiones; si en sus bríos no viésemos un acrecentamiento; si el aplauso de los públicos no fuera el único premio á que aspira; si algo, en fin, en la vida del hombre, se hubiera interpuesto haciéndole retroceder en la profesión, sería explicable el olvido en que le tiene la Empresa madrileña y la indiferencia de cierta parte del público. Y este libro no tendría por qué.

Pero, no es así: desde que en Madrid confirmó la alternativa que dos años antes le dió el *Cochero* en la plaza de Bilbao, sus éxitos se cuentan por corridas toreadas, ó mejor dicho, por toros estoqueados, y en la última en que actuó en Madrid estuvo hecho un fenómeno de valiente y de torero, borrando

á sus otros compañeros, que por locos caprichos de la suerte ocupan los primeros puestos; mientras que él...

Para él son los *pájaros* de Miura, los *eefantes* de Salamanca, los *catedrales* de Patricio, los *regalitos* de Pablo Romero, los *buenos mozos*, de Urcola y los *peras en dulce* de Palha; como los bueyes de Vera-gua, de Cobaleda, de Conradi, de López Navarro, de Villalón, de Carreros, de García de La Lama, etcétera, etc., que los niños fenómenos se niegan á lidiar; aunque esto no obsta para que se hagan ricos antes de que el buen público—siempre incauto y siempre primo—se entere del engaño de que se valen.

Tan cierto es esto, que el año pasado retrasó su marcha al Perú por torear en Ondara una corrida con el fenómeno de Triana; llegó el 21 de Noviembre y allá se fué, dispuesto á traerse en los bolsillos del chaleco los corderitos que allí tenían dispuestos á hacer pasar por toros. Todos decían:

—¡Gracias á Dios que el *Chiquito*, por torear con Belmonte, va á andar hoy descansadito!

¡Sí, sí! ¡Para él habían de ser las chichas!... Una vez más, su estrella, en forma de huracán, deshizo las esperanzas. Se aplazó la fiesta; pero el *Chiquito* no podía esperar; porque dos días más tarde tenía que embarcarse en *Saint Nazaire* con rumbo á aquella república sudamericana, en busca de más huesos que roer. Las chichas fueron para Belmonte, Pacomio y *Saleri II*...

¡Pobre afición! Uno, no sé quién, te dijo que un torero, *Bienvenida*, que nunca paró con los toros; que no hizo ni hace otra cosa que bailar sevillanas y peteneras, iba á ser el que resucitara la olvidada y meritoria suerte de matar los toros recibiendo. Y tú, no sólo creiste, sino que es posible que aún no hayas caído del burro en que la mentira te puso.

¿Quién ó quiénes pueden resucitar hoy aquella suerte?

Atendiendo á sus condiciones de torero, dos: Rafael *El Gallo* y Belmonte; y como torero en plenitud de sus facultades físicas, uno; Rufino. Aquéllos pararán al torear y pudieran muy bien esperar á los toros á pie firme, consumando la suerte, si la pobreza física no les restara la seguridad, la confianza que en sí mismo debe tener el lidiador para que su valor no sea puesto en entredicho: pero, de Rufino, ¿quién, que no sea ciego, se atreverá á decir que no pára, que no espera, que no busca al toro, como lo haya podido hacer el más bravo ó el más loco? Pues si pára, si tiene las condiciones físicas que para el torero exige Montes, ¿quién si no él es el indicado para dar á la afición aquel plato que está rabiando por saborear?

Críticos, revisteros de los principales diarios, cuantos escribís de toros, ¡dejad á un lado bondades que comprometen; romped vuestro silencio, que la malicia puede interpretar torcidamente, y no consentid que unos cuantos usurpadores ó vividores se apoderen del templo. Como Jesús á los mercaderes

que no respetaron la casa de su Padre, arrojados bravamente! Vosotros sois los directores, los guías y los llamados á hacer justicia: vosotros los que debéis decir al público—que no es tan ingrato como suele decirse, porque le gusta corresponder al que por él se sacrifica—que mire con buenos ojos y que reconozca los méritos de aquellos que, como el *Chiquito*, ponen toda su voluntad y toda su vida en servirle.

La afición, cuyo organismo se halla enfermo; la fiesta, que está plagada de patógenos elementos y envuelta en letal atmósfera, exigen higienización, cura, el ojo clínico del galeno, la mano experta que por falta de riego evite la gangrena; la entereza para habérselas con tantos enemigos.

Vosotros sois los directores y los guías. Que en vuestro sanatorio se albergue la endémica afición; que ésta no se envenene con los menjurges que la recetéis, y que vuestra reconocida sagacidad y vuestra instintiva previsión indiquen el mal y lo corten á tiempo.

Vosotros sois los terapéutas táuricos....

Si no lo hacéis; si al dar noticia de la aparición de este libro, no reconocéis la verdad de su objeto, no nos quedará á los sinceros aficionados otro recurso que aquel que se cuenta de la Verdad, cuando tuvo la mala ocurrencia de venir al mundo á sentar sus reales: buscando acomodo, en ninguna parte le quisieron proporcionar alojamiento y tuvo que desaparecer, según dicen, camino de la región

---

inmarcesible que se extiende más allá de las estrellas....

Y volverán los tiempos de *La Fragosa*, de *La Belgicana* y de *La Reverte* á sustituir con sus ridículas farsas á lo que debe ser profesión de verdaderos hombres.

En vuestras manos está el evitarlo.

.....

---





# La sangre de Frascuelo y de Reverte.

---

## SUMARIO

Hoy no se cotiza el valor. — Los bandos en la afición. — Las competencias. — Reacción que se observa en nuestros días. — ¿Qué se opone al encumbramiento del *Chiquito*? — Cómo torea. — Lo que influye en la vida del artista la opinión primeramente formada. — Progresos que se han notado en la carrera del de Begoña. — ¡Siempre torero de vergüenza! — Valiente, sí; suicida, no. — La sangre que lleva. — El *Chiquito* como hombre y como artista.



## LA SANGRE DE FRASCUELO Y DE REVERTE

Verdades diré en camisa,  
poco menos que desnudas.

*Quevedo.*

Afortunadamente—y á Dios sean dadas gracias—desde hace muy poco tiempo corre un aire bienhechor que quiere barrer de nuestros ojos la densa nube que nos impedía ver claro; pero no se disipa todo lo de prisa que quisiéramos, y, á juzgar por sus alas, aún tardaremos en poder apreciar las cosas limpias de todo estorbo.

*Chiquito* nació para el arte en época en que no se cotizaba el verdadero valor: un poco antes, en tiempos de Domínguez ó de *Frascuero*; ó un poco más tarde—á juzgar por la reacción que tanto deseaba el buen aficionado y que parece iniciada en el trianero Belmonte—su papel hubiera estado muy alto. Pero hoy, que al valor y al valer han sustituido las ventajas y las picardías ratoniles, la figura de *Chiquito* no encuentra marco adecuado: no obstante, si la reacción sigue su curso, es posible que lleguemos á tiempo de poder justipreciar los valores, asentando en su férreo pedestal al bravo torero de Begaña.

Siempre, desde los comienzos de la fiesta; desde aquellos días en que aparecen los toreros de á pie, como bandos contrapuestos que alternan en el Poder, á la época caracterizada por hombres de indomable corazón, sucedía otra de alegrías y afiligranados engaños: volvía la primera á recuperar sus fueros y acababa cediendo el puesto á su antagónica. Así mil veces.

Con la aparición de Francisco Montes—acaso el artista más grande de cuantos tuvo la tauromaquia—la afición se inclinó por la elegancia, la gracia y la maestría, y popularizó á *Cúchares*, *Chiclanero* y Cayetano Sanz.

Luego, con la aparición de Manuel Domínguez, torero clásico parado, sin tranquilas que disimulan el miedo y formidable estoqueador, la afición cambia de gustos.

Vuelven las alegrías con *El Gordito*; pero duran poco, ante la valentía y excelente manera de estoquear del *Tato*.

En ocasiones halláronse frente á frente los hombres que representaban las dos opuestas tendencias, y nacieron los pugilatos, con los que el arte nada salió perdiendo.

*El Africano*, hombre sereno y de reconocido temple, lucha con Juan, el hijo de Francisco Romero, que busca el adorno: *Martincho*, el del valor sin límites, tiene su contraposición en Cándido y *Costillares*; Pedro Romero, el genial torero para el que no había competidor, tiene delante á *Pepeillo*: com-

pite *Curro Guillén* con el ya caduco Jerónimo José Cándido; *Chiclanero* con *Cúchares*; *Lagartijo* con *Frascuelo*, etc., etc.

\* \* \*

Si esto es lo que siempre ha ocurrido; si unas veces ha triunfado el artista y otras veces el valiente; si un tiempo se aplaudía el valor y después volvían á estar de moda la astucia y la inteligencia, ya no cabe duda que el toreo clásico, sereno, parado, se va á imponer para mucho tiempo, quizás para siempre, acabándose el reinado de los toreros ágiles y movidos que nunca alcanzaron á dar la intensa emoción de aquéllos. Esta corriente, que, como antes hemos dicho, la inició Belmonte, va tomando mucha fuerza: toreros que se creían firmes en su puesto y que se conformaban con cumplir, han tenido que apretarse la faja ó se han ido, porque han visto lo que otros hacían y lo que el público exigía. Hasta los chicos de la calle cuando juegan al toro parecen estátuas: antes, los que toreaban, tenían que salvar por pies las *arrancadas* del que hacía de toro; mientras que hoy le dicen que haga caso de la capa, y sólo al que obedece, le *permiten que haga* de cornúpeto.

Desde Reverte, que fué uno de los más valientes que han pisado los ruedos, el arte venía siendo cosa de circo, y sólo Antonio Montes en algunas tardes y Antonio Fuentes en su ocaso, acertaron á dar destellos de legítimo arte: *Minuto*, con piruetas

y martingalas que en él tenían cierta disculpa, pero que sirvieron de mal ejemplo; *Bombita*, que quería tapar con adornos y monerías defectos de ejecución: *Bienvenida*, que parece un molino que no cesa de mover las aspas en diez años de alternativa; *Larrita*, que rebota como un pelotón, etc., etc., no han probado sus quilates de valor y arte, sino su ligereza, su agilidad en burlar las acometidas. La semejanza ó paridad entre ellos, no podía originar competencias, ni dividir á la afición en bandos.

Pero el verdadero, el legítimo heredero de Reverte; el que podía rivalizar con él en proezas y acaso superarle; el que hoy se presenta como antítesis de los que todo lo sacrifican al adorno más ó menos estético; el que es luchador indomable, el que recibe toros y lleva consigo el sello de la celebridad que había de darle la comparación con aquéllos, está entre nosotros y no queremos conocerle. O nos hemos empeñado en cerrar los ojos.

\* \* \*

¿Qué razones se oponen al encumbramiento del torero de Begoña?

¿Su modestia, su temperamento de vasco? ¿Su mote, largo y difícil de emitir? ¿El estar la afición envenenada por los fuegos fátuos de unas cupletistas vestidas de luces, que todo lo hacen cuestión de adornos, gracias, alegrías, hechuras ó sonrisas? No lo sé, ciertamente.

Su cortedad ingénita, que muchos la traducen en

sequedad, en aspereza de carácter ó en orgullo de raza, no le permite buscar á nadie, y como no es *torero de calle*, de los que á todos saludan y á muchos molestan pidiendo favores y exigiendo bombos, tiene que ir subiendo la pendiente de la gloria escalón por escalón. ¿Que tardará en conquistarla? No tanto como alguno pudiera creer. *Chiquito* es de corcho, y los hombres de corcho, aunque los embates de las olas en el piélago de la vida pretendan sumergirles, flotan, nadan, más pronto ó más tarde, en la superficie: destacan su personalidad.

Los buenos aficionados han podido observar que los toros destinados al *Chiquito* llegan con más *poder* á la muerte y menos aplomados que los que corresponde despachar á otros. El es sobrio en quites y no consiente que las capas intervengan en la lidia más que cuando son precisas; y así, sus toros no se defienden por exceso de picardía, ni llegan faltos de *pies* á la muleta.

*Bombita*, que poseía un trasteo de más adorno que castigo, prolongaba demasiado las faenas con el trapo rojo; desconcertaba, descomponía á los toros, y cuando le parecía que ya se lució bastante y que había que pensar en meterles la espada, pocos toros encontraba debidamente ahormados y sin defectos, para matarlos con desahogo.

También en Vicente Pastor hemos observado algo de esto en sus últimos años.

En el *Chiquito* no hay zaragata, ni busca palmas con pases de más vistosidad que eficacia; torea para

él ó como debe al toro, no para la galería, y como sus toros le llegan frescos y boyantes á la muleta, y como tiene corazón para esperarles, nada tiene de extraño que los llegue á recibir con una perfección que sólo en teoría parece factible.

\* \* \*

El cartel que se adquiere en las primeras tardes; la nota de habilidoso, de valiente ó de temerario que el público y la Prensa le adjudican al principiante, suele durar tanto como la vida del artista; sin que los progresos que obtenga se tomen en cuenta cuando es indispensable mudar de parecer. Unos, en cuatro días, y otros al cabo de muchos años, cambian por completo y se nos ofrecen diametralmente distintos de lo que hicieron creer en sus comienzos. Mas no por eso el aficionado — que suele ser muy rutinario — cambia de opinión. ¿Dijo que *Frascuero* era simplemente un matador? Pues así tenía que seguir y así llegó al fin de su carrera, y así se le recuerda hoy todavía. Y *Frascuero* se hizo á la larga un excelente torero, aunque sin las finuras y elegancias de *Lagartijo*, que no entraban en él. De *Mazzantini* se dijo lo mismo, y tampoco era cierto; pues el matar toros como él los mataba, no era lo bastante para hacer terceto con aquellos colosos. Algo había, pues, en *Mazzantini*, además del excelente estoqueador. Y ¡vaya si había! Aquella dirección de plaza; aquellos quites pisando terrenos que antes nadie los pisó; aquellos pares de banderillas de frente;



aquella brevedad en el trasteo que, feo, bastote, movido y todo, surtía los efectos por él perseguidos, algo eran y algo valdrían.

Con muchos de los que se dió en decir que eran artistas inteligentes, ha pasado igual. — ¡Cuando *Currito* quería!—Y *Currito* se fué de los toros sin haber querido nunca. De otros mil se ha dicho y se dice algo parecido: artistas se dijo que eran y artistas tenían que seguir siendo. ¿Que Rafael *El Gallo* es torero inspirado que inventa en las mismas barbas del toro? Pues ¡guárdese nadie de decir lo contrario! Absténgase de afirmar que ensaya en casa lo que en la plaza ejecuta luego, y que Fernando es más torero que sus otros dos hermanitos...

Le da una tarde á *Quinito* por sentirse clásico, como nosotros le vimos en Zaragoza, en aquella memorable fecha en que alternó con el malogrado Montes; pues no, señor; *Quinito* es un ventajista que jamás expone nada, y nosotros, unos ignorantes en materia de toros, si decimos lo contrario.

Cuando *Chiquito de Begoña* apareció en las plazas, todos, unánimemente, le concedieron una dosis de valor poco frecuente; pero todos también le censuraron aquellos alardes, juzgándolos excesivos ó inútiles...

—Es tan valiente como torpe—se oía por todas partes y se leía en los que reseñaban su trabajo.

Y, trabajo hace falta, dada esta manera de ser del aficionado, para convencerle que el que no es tonto, el que tiene la afición y el entusiasmo por la profesión

que aquél tiene, forzosamente habrá de adquirir con la práctica y con lo que ve ejecutar á otros, un conocimiento más grande ó más completo del que le quieren conceder.

*Chiquito* no es de los que recortan, saltan y brincan; su seriedad de vasco no le permite recurrir á esos alardes de gimnasta, y prefiere la precisión en las suertes que la elegancia, natural en algunos y afectada en muchos. No es de los que para sustentar su cartel de matador pundonoroso se echa en los cuernos, sin importarle nada salir para su casa ó que le lleven al hospital. Tiene la serena frialdad, la necesaria reflexión para hacer en cada lance lo que cree ajustado y oportuno.

Y esto no obstante, la afición duda en concederle los méritos que tiene como artista verdadero, como torero enterado: no quiere concederle que está en posesión de los secretos de la lidia, y sigue, como el primer día, creyendo que sólo se distingue por un valor á toda prueba, por una temeridad imponderable.

De él dijo la musa popular:

*¿Hay alguno en el presente  
que le venza  
á este espada inteligente  
de pundonor y vergüenza?  
¿No es, sin duda, el más valiente  
de los que se peinan trenza?*

¿Que en sus comienzos era torpe? ¿Que toreaba embarullado, en su afán de querer aprender todo?

No lo niego. Es más; yo mismo creí que aquel andar entre los cuernos, que siempre habían de rozar su cuerpo, le impediría aprender lo que necesitaba, y llegué á fustigarle cuando, antes de estar en sazón, se habló de su alternativa. (1)

Pero en esto padecí un error; él se negaba entonces á recibir la investidura de matador de toros: comprendía que no se hallaba en condiciones para hacer entre aquéllos el lucido papel que venía representando entre los de su clase. En una palabra, no partió de él la idea, sino del ganadero Villagodio, que quiso aprovecharse del ruido que traía el *Chiquito*, para dar dos corridas con el cebo de su alternativa.

\* \* \*

Pocos, muy pocos, en el caso de *Chiquito*, que puede darse una vida cómoda y regalada, salen á la plaza á jugarse la vida una tarde y otra y siempre que le anuncian. ¡Siempre dispuesto á sostener su fama de torero de vergüenza! Para él, como para *Frascuélo*, no correrían los años y seguiría toreando á los cincuenta, ó como Domínguez á los sesenta, sin fijarse si se hallaba en la plaza de Madrid, ante el público más inteligente, ó si actuaba en el último villorrio, dejando en todos lados buena memoria de su arrojo y de su arte.

*Chiquito* no da al espectador los escalofríos del

---

(1) *El Noticiero Bilbaino*, 19 de Marzo de 908.

suicida; porque no lo es: da la emoción del torero valiente, que á todos gusta, porque el valor debe estar por encima de todo en el torero, y porque sin valor no hay fiesta.

El valor es, ciertamente, su característica; pero eso no quiere decir que ignore lo que debe saber un espada con alternativa.

Las verónicas de *Cocherito* y tantos otros, parecerán más bonitas que las de *Chiquito*; pero no tienen su mérito. No es el de Begoña de los que se estiran cuando pasa el peligro, ni de los que se pegan á los costillares, toreando libre de cacho; porque no es danzante ni ventajista.

Tampoco es adornado en banderillas; pero las pone pronto y bien; sin que esto quiera decir que sea una notabilidad.

Su trasteo de muleta es, como hemos indicado, parado, inteligente y eficaz, y en su estilo de matador completo no se le observan cuarteos, ni paso atrás, ni balanceos: entra desde buen terreno, bien *reunido*, *empareja*, no vuelve el rostro, y sus estocadas son derechas.

No hay, pues, en su toreo, que será tal vez seco, pero verdadero, las marrullerías que descubren los espadas menos decididos.

Es, además, culto, observador y estudioso; formal y de pocas palabras: le gusta obrar, trabajar con entusiasmo y buena voluntad, sin recurrir á otros medios, y es descendiente en línea directa de *Martincho*, de aquel patriarca fundador de la familia que

se honró con los nombres de *Pepéllo*, Cándido, Domínguez, *Frascuelo*, *Espartero* y Reverte.

A estas condiciones podríamos añadir las de honradez y nobleza, que las posee en muy alto grado; la amistad que mantiene con pocas, pero distinguidas personas, de las que no desmerece en educación y conversación fina y amena, etc., etc., si la índole de este libro, dedicado al artista más que al hombre íntimo, lo consintiera.

Sólo citaremos, por lo curioso, el hecho siguiente: Rufino fué el iniciador y el alma de la suscripción abierta en favor del prestigioso escritor Eugenio Noel, cuando á raíz de la campaña de 1909 en Africa, la Patria le pagó con la cárcel...

---



# El oro y el toro.

---

## SUMARIO

La vocación torera.—Cuándo se pone á prueba la legitimidad de la vocación.—El *Chiquito* ante el toro.—¿Era característica de otros tiempos el culto á la gloria?—¿Es la avaricia el signo de estos tiempos?





## EL ORO Y EL TORO

Madre, yo al oro me humillo,  
él es mi amante y mi amado.....

*Quevedo.*

Una afirmación que dejamos expuesta en el capítulo precedente, no habrá pasado desapercibida para el curioso lector.

Pocos, muy pocos, de los toreros que pueden darse cómoda y regalada vida—decíamos—, salen á la plaza á jugarse la vida una tarde y otra y siempre que les anuncian.

Y ella, como fácilmente se comprende, merece ser tenida en cuenta por la afición y por la Prensa que informa de estos asuntos.

A muchos el deseo de lucro les lleva al arriesgado oficio de lidiador, y cuando logran algún renombre y cierta decorosa posición, sólo practican lo estrictamente necesario para conservarse en el puesto adquirido. Trabajan con frialdad ó con apatía, y, lo que es peor, se inicia en ellos un descenso, que, á veces, como en el caso del *Gordito*, provoca manifestaciones poco agradables, cuyo resultado suele

ser la retirada forzosa y nada digna. ¡Ah, si algunos, como el veterano *Quinito*, tuviesen que buscar en los cuernos del toro el pan de cada día! ¡Qué días de gloria proporcionarían al arte, exponiendo un poco más y sacando á relucir el caudal de sus conocimientos!

Pero, desgraciadamente, en este—como en otros tiempos—abundan los hombres que olvidan su misión en los redondeles, cuando ven asegurada una vejez tranquila; cuando ven cubiertas sus necesidades. Parece como que trabajan en privado, sin preocuparse de que miles de espectadores observan, aquilatan y comparan su actuación con la de los demás.

Una tarde fui á Carabanchel á presenciar una corrida, de cuyos componentes y resultado veníase hablando con la expectación que siempre despiertan los grandes acontecimientos. En el patio de cuadrillas oí, sin querer, que uno de los espadas decía á uno, que debía ser su amigo:

—¡Ah! si yo hubiese hecho caso á fulana... Si me hubiese casado con ella, no me vería en estos trotes...

Tentado estuve de abandonar la plaza; pero no iba solo y no era cosa de abandonar la compañía.

La fiesta, como supuse desde que oí aquella confesión, no correspondió á las esperanzas que había despertado. Y el lidiador aquél todavía peina coleta, aunque torea menos que una señora celosa de su honradez...

Es decir, que, en ese punto de la vida en que logra el torero su aspiración de ver reunido el capital soñado, es cuando se conoce si realmente emprendió la profesión impulsado por una vocación legítima, ó si tuvo por estímulo el deseo de lucro.

El *Chiquito* puede darse una vida cómoda y tranquila y hasta creo que muy regalada, porque administra sabiamente el fruto que obtiene de su arriesgado trabajo.

Sin embargo, frente al toro, sólo se da cuenta de que el público, confiado en su pundonor y en su valor imponderable, espera impaciente sus arrestos, para aplaudirle con calor. No sabe, en aquellos instantes, si tiene familia; si la mujer amada estará pidiendo á los cielos que le devuelvan íntegro á sus brazos: ni si el rápido trasatlántico estará esperándole en el puerto, con las anclas levantadas, para llevarle á remotos países, donde los compromisos le reclaman.

El tiene que dar pruebas de lo que todos esperan de él; la sangre le hierve en las venas; brega sin descanso, y se colgará de los afilados cuernos antes de que la desaprobación del público ó su mortal indiferencia le llegue al corazón. Porque estas heridas son para él más hondas que las que pueden inferirle aquéllos.

No comprende, no le cabe en la cabeza cómo un espada ha podido decir que las silbas no le importan, ó que duran menos que las cornadas.

Y tengo por seguro que si hubiese vivido en otros

tiempos en que los matadores de renombre tan pronto alternaban en corridas de toros como en mojigangas, él, el *Chiquito*, pundonoroso como el primero y serio como el que más, hubiera roto con las costumbres de la época, negándose á tomar parte en novilladas con embolados, picadores en burros de mimbre y fuegos artificiales.

\* \* \*

No es esto—como alguno podrá creer—ganar de molestar á nadie, ni de tratar con poco respeto á los antepasados ilustres en la torería: menos aún de menoscabar los sólidos cimientos de sus glorias.

Nada de eso, venerables contemporáneos de La Beltraneja...

Si ustedes gustan haremos intangibles, indiscutibles, invencibles á los abuelos y bisabuelos de nuestros coletudos: inviolables é inmarcesibles sus hazañas; é indubitables sus leyendas. Pero tampoco ustedes han de atormentarme los oídos repitiendo que los nietos y biznietos de aquellos extraordinarios varones son tan ínfimos, tan ineptos, tan incompletos, tan insignificantes, tan incalificables como ustedes pretenden que lo sean; con otras mil inexplicables indiscreciones, inconveniencias é inexactitudes, tan insidiosas como inverosímiles, tan intolerables como injustas con que ustedes suelen sazonar sus peroratas...

¿Qué dicen ustedes? ¿Que si yo hubiese vivido aquellos días...?

No me pesa. Hoy sería un carcamal... Pero, bromas aparte, ¿qué crédito nos pueden merecer los que niegan el agua y la luz á lo que está patente?

Si así ven lo de hoy, ¿cómo verían lo de ayer? El que hoy no juzga con recto criterio, ¿cómo juzgaría ayer? ¡Vaya, que nos hacen ustedes dudar de lo que dicen; que proclaman y sostienen lo característico de la época, el culto á la gloria..!

Es sistema mandado retirar, por lo desacreditado, el de los pretendientes que, faltos de meollo y más faltos de gracia, pretenden lograr favores de las bellas, hablando mal de los candidatos que les precedieron; creyendo, equivocadamente, que sus personillas obtendrían por este medio acogimiento que los otros no alcanzaron...

Y yo que sé todo esto (y algo más), porque en mis querencias de amor tuve malos sucesores: yo, que he reído los efectos de sus innobles procederés, con los que creían conseguir aquello que no lograban, no voy á caer ahora en la tentación de disparatar de cuantos galanes soñaron gozar en brazos de la hermosísima gloria, para venir con el cuento de que los aspirantes de hoy son los que más dignamente la requieren de amores.

Entonces tuvo, como ahora tiene, la codiciada y siempre lozana hembra, mozos que la solicitaban con ardoroso y noble afán; quienes á su reja exhalaron hondos suspiros; quienes la requiebraron incautos y quienes la rondaron constantes y bien intencionados.

Entonces, como ahora, tuvo la anhelada gloria envidiosos que la desearon; ruines que inútilmente ambicionaron enredarla en acciones bajas; lincees que intentaron burlarla; malvados que trataron de ponerla en mal concepto ante las gentes; egoistas que trataron poseerla..:

Entonces había, según ustedes, mucha afición en los lidiadores; tánta, que á veces descendían los gigantes como *Cúchares*, *Cayetano*, *Casas* y *Domínguez* hasta nivelarse con los pigmeos en funciones de títeres....

Entonces había hombres aguerridos que, maltrechos ó moribundos, no cejaban ni se retiraban de la palestra sin antes ver el término del combate. *Domínguez* perdió un ojo en el Puerto; pero no por eso dejó de capear temporales, escudado en su valor y en sus remos. *Montes*, viendo turbios los horizontes, salió con catalejos á gobernar la liviana nave de la fiesta, de malos vientos combatida. *Tato*, con pierna de goma en lugar de la amputada, también se arriesgó, hasta que comprendió la inutilidad del salvavidas, que ni le permitía nadar ni guardar la ropa. *Frascuero*, sin decaimientos, arrostró en el recio puente de su corazón espantosos huracanes...

Pero *Frascuero* no se atrevió á pasar el charco. *Domínguez* toreaba á los sesenta años—quizá por afición, no lo niego—; pero el hecho de morir po-brísimo nos hace dudar de su afición á esos años. *Tato* también pasó las negras, hasta que pudo agarrarse á un empleo modestísimo en el matadero de

Sevilla; y esto me hace dudar también de su afición, cuando se obstinó en seguir toreando con una pierrezca postiza. Montes tendría ganas de hacer el ridículo cuando salía á torear con gafas...

No respetar ustedes lo de hoy y querer que nosotros respetemos lo de ayer, es muy poco lógico y menos serio. Ustedes pueden seguir creyendo lo que tengan por conveniente; hasta aquello que Moratín cuenta á Pygnatelly, de los caballeros que, como D. Juan Chacón y D. Manrique de Lara, cortaban á cercén los cuellos de los toros de una sola cuchillada, y de que también habla Lope de Vega por boca de uno de los personajes de su comedia *Los locos de Valencia*, que dice:

*... muchos toros, en que hice  
suertes, venturas y lances,  
y cuyo arrugado cuello  
hizo mi espada dos partes...*

Pero me sonreiré si niegan que muchos, muchísimos de nuestros días, regaron con su sangre las arenas y que, no obstante, persisten con mayores arrestos.

De estos es el *Chiquito*, en quien, mejor que en otros, podrán ustedes ver heredada aquella afición, aquel noble estímulo, aquel anhelo de gloria que, según ustedes, se fueron para no volver.



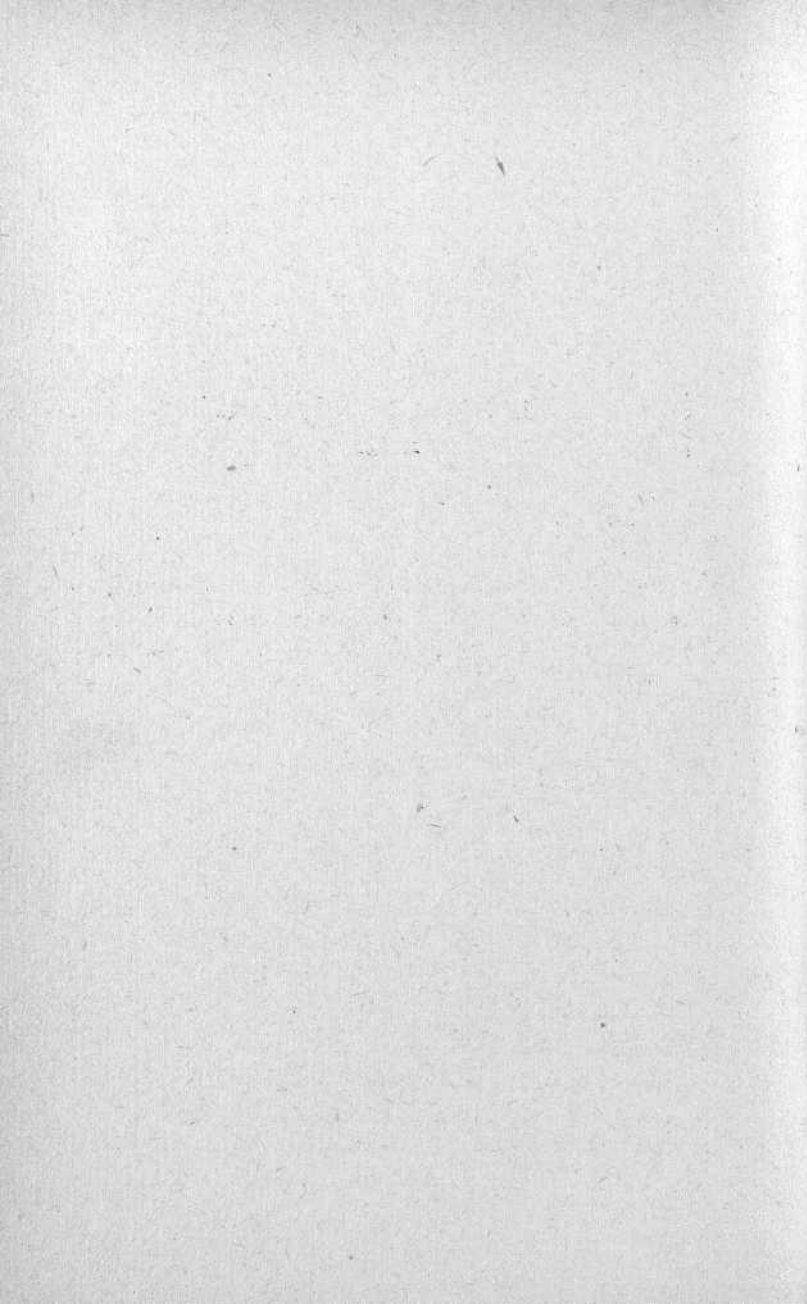


# Rosas y espinas.

---

## SUMARIO

El año 1880. — *Machaquito y Chiquito*. — Lo que quiere el aficionado. — La lucha en el redondel. — ¿Recobrará la fiesta su pasado esplendor? — El público. — La Prensa. — Toreros. — Ganaderos.



## ROSAS Y ESPINAS

Grande cosecha de Judas  
dicen que ha de haber ogaño.

*Quevedo.*

En 1880, año famoso en la tauromaquia, porque, entre otros acontecimientos memorables, figuran el debut de Mazzantini como novillero; la alternativa del maestro Fernando Gómez *El Gallo*, y el estreno de las plazas de Granada, Puerto de Santa María, Vitoria, Calahorra, Caravaca, etc., nacieron, en Córdoba, *Machaquito* y en Begoña, su hermano en afición y bravura, el *Chiquito*. (Este recibió las aguas bautismales en la misma pila que el *Cocherito*, pero administradas por distinto cura...)

*Machaquito*, con todos sus defectos, que no eran pocos, logró llamar la atención y ser discutido; con lo que, en poco tiempo, llegó al honroso puesto que le otorgó la afición.

Rufino San Vicente, más valiente, mejor estoqueador, torero más lucido y con más dominio que *Machaquito*, no tuvo la misma suerte. Su calvario fué largo, muy largo; unos dicen que por nacer en Be-

goña y no en Córdoba ó Sevilla; otros, porque no era tan nervioso como aquél, ó porque no tenía su simpatía ó su *ángel*...

¡Quién sabe!...

Lo cierto es que *Chiquito*, siendo un torero precoz, el más precoz de su tierra, alternó en Madrid á los treinta años, cuando ya *Machaquito* llevaba diez de matador de toros.

Y en el *Chiquito* jamás se observaron las desigualdades, las reservas, las flojedades y tibiezas que tantas broncas valieron al de Córdoba.

\* \* \*

¿Quién es capaz de hallar la razón á que obedecían estas diferencias? ¿Quién puede explicar los caprichos de una afición que mima y levanta á uno, dejando al más idóneo que se alce por sus propios esfuerzos?

¡Pobre Rufino! Contigo hizo la afición lo que hacen algunos padres que tienen dos hijas, una guapa y otra fea.—«Lo que hay en casa, para la feíta; porque, si no ¿quién la va á querer?... La guapa, ya tiene bastante con su hermosura»...

Y suele ocurrir—si no sale alguno diciendo que quiere á la guapa con el dinero de la fea—que ésta se casa al instante y que la guapa se queda en casa, si no tira por la calle de en medio...

A *Machaquito* le dieron lo que había en casa, y á tí te dejaron con tu hermosura; que son tus excep-

cionales condiciones de lidiador sin trampa. Por eso tardaste más en llegar, porque te tuviste que valer tú solito; pero llegaste.

\* \* \*

Que compare ahora el lector; que vea claramente qué grados de inteligencia tenía la afición de hace unos años, que otorgaba sus halagos al lidiador cordobés (torpe y con tanta suerte, que no se las había con un toro que no le tropezase, aunque con pocos detrimentos en el físico, y de quien se dijo que salía á la plaza con un ángel de la guarda á cada lado), y el proceder que observó con el vasco, más bravo que los mismos toros; los que no le hicieron tanto daño—con hacerle mucho—como los públicos irreflexivos, sin conseguir que perdiera un átomo de su indomable valor.

¿Es razonable que el festín sea para uno, fuera éste quien fuese, y que las migajas se arrojen á los otros, no menos dignos de alternar en la mesa?

\* \* \*

Sin este monopolio que unos pocos ejercen; sin ese histerismo de la afición, que tantas víctimas ocasiona, ¿qué duda cabe que saldríamos de esta postración, de este lastimoso estado de prostitución y de anemia de la fiesta, en el que todo reservamos para el orgulloso, para el títere, para el de la simpatía, con tal de que sepan disfrazar con adornos sus indecisiones y su desconocimiento?

¿Para qué y para quiénes es la plaza de Madrid? ¿Para los novilleros aventajados, para los aprovechados mozos, para los que buscan su reputación en deleznales basamentos, con tal de ver satisfechas sus ambiciones de lucro?...

¡Vengan á ella los que en otras plazas han dejado bien puesto su nombre con faenas de imperecedero recuerdo: vuelvan á ella los que en pocas y malas condiciones se presentaron, y que, no obstante, se les vió con gusto: cuantos con su valor acreditado ó su inteligencia se hacen acreedores al cartel de la primera plaza; sin el que poco medrarán en las otras, aunque á diario se rompan el pecho, ó rubriquen con su sangre inútiles alardes de guapeza!

Esto es lo que quiere y lo que debe exigir el aficionado: esto lo que deben pedir los que más alto rayan, para que de la comparación deduzcamos dónde se encuentra el verdadero valor y dónde la reputación ilegítimamente adquirida: para que caigan los falsos ídolos y para que salgan del montón de nulidades los que, indebidamente y por motivos que muchas veces en nada se relacionan con los toros, se encuentran arrinconados.

¿No es mayor la lucha cuanto mayor es el enemigo, y de más importancia la victoria cuanto más grande es el vencido? ¿No es necesaria la lucha al que quiere mantenerse en lo alto? Entonces, ¿por qué no se ponen á prueba las condiciones de cuantos presumen que valen? ¿Es que temen que su nombre y categoría vengan al suelo, porque no se basan en

nada sólido? Y si no es así; si nada temen los encumbrados de los que desde abajo pueden venir empujándoles; si creen sinceramente en la legitimidad de sus méritos, que exijan, como exigen otras cosas, una balanza justiciera que mida los quilates de buen oro que los encumbrados y los olvidados pueden llevar en el corazón. ¿No es el redondel el palenque de la lucha? ¡Pues, al redondel, á presencia de los buenos aficionados!

\* \* \*

Pero esto equivaldría á una limpia, á una purificación de valores, y á esto no llegaremos, mientras el verdadero interesado en que la fiesta no decaiga, que es el público inteligente, no reclame sus derechos; y mientras la Prensa independiente no se revuelva airada contra el caciquismo de los endiosados mercaderes de coleta.

La lucha en estas condiciones acabaría con los utrerros que quieren hacernos pasar por toros: los espadas—como en los días en que apareció aquel Francisco Montes, que con su habilidad y su inteligencia aportó al toreo un sistema del que tanto habían de copiar los que ansiaban distinguirse; aquel innovador artista, á quien se debe el verdadero esplendor de la fiesta—no se cuidarían de la procedencia, de la edad, del respeto y del peso de los toros, bastándoles con saber que eran de casta. Los ganaderos no comerciarían dando bueyes y novillos por

toros hechos, con el escándalo de hoy: afinarían las vacas, seleccionarían tipos y pelos y tentarían con escrúpulo, llevados de una honrosa emulación.

\* \* \*

Público, toreros y ganaderos, por este orden: aquél haciéndose respetar, los toreros haciéndose valer, y unos y otros dando preferencia á las más bravas ganaderías, pueden abrillantar la lucha, haciéndola pujante y valerosa; como dicen que fué en otros tiempos y no como es en la actualidad, calculadora y acomodaticia.

En el público, dígase lo que se quiera, ya se ha iniciado la reacción: los abonados miran ya y pelean, aunque no con las energías necesarias, por defender sus hollados derechos, y crean sociedades con este fin.

En la torería también se va hilando más delgado, para corresponder á las exigencias del público; y, como hemos dicho en el anterior capítulo, los que no han tenido fuerzas para acomodarse á la sana corriente que se inicia, se van de los toros antes de que les echen...

En los ganaderos, que son los mayores mercantilistas de cuantos componen el mundo taurómico, tardará más la reacción; porque (salvo muy contadas excepciones) ni tienen la buena fe del público, su cariño ó su pasión por la fiesta bizarra, ni el amor propio y la buena voluntad de los lidiadores.

Y aunque á fines de la temporada última se re-



unieron y hablaron de mantener por su parte los prestigios del espectáculo, seguirán como hasta ahora, vendiendo burras de leche por toros bravos. ¡Ojalá me equivoque! Pero mucho desconfío de quienes hace poco tiempo acordaron que el bicho de tres años podía venderse y jugarse como toro de lidia; de quienes, escudados en su asociación, pueden hacer mangas y capirotos del público y de la fiesta, con tal de que, aumentada la demanda, puedan servir, á precio de toros, bichos cuyo mantenimiento exige gastos y cuidados, y cuya vida y limpio estado físico no es fácil garantizar hasta los cinco años. Mucho desconfío de los que están acostumbrados á vender chotos para corridas serias, ó de los que, habiendo vendido animalitos para novillada, consienten que las empresas los jueguen en corrida con espadas de categoría.

\* \* \*

A este propósito, recuerdo lo acaecido en Madrid hace tres temporadas.

Había en los corrales una novillada de García de la Lama para Belmonte y Posada, entonces novilleros: pero no se jugó. Días después, la Empresa anunció una corrida de toros del mismo ganadero; y el público, con fino olfato, dió en afirmar que *estos toros eran aquellos novillos*.

La Empresa, no obstante, se daba poca prisa en deshacer el rumor, hasta que, viendo el cuerpo que

tomaba, hizo constar así en los periódicos que se publicaron el mismo día del señalado para la corrida:

«Ese falso rumor agravía á la Empresa, porque sería en ella falta imperdonable y digna de severa censura el dar como corrida de toros una novillada.

Además, García de la Lama, propietario de la Muñoza, que ha comprado la ganadería de Halcón para finarla y mejorarla, no consentiría nunca que la primera vez que se lidian toros con su divisa en nuestra Plaza, se come tiese tamaño desafuero.»

¿Qué tal? Tragaron el anzuelo muchos infelices; esos que á sí mismos se llaman aficionados, porque no pierden una corrida; cuando en realidad lo que prueban con eso es que no son verdaderos aficionados, sino unos fanáticos, ó unos aburridos, que no saben dónde pasar la tarde si no es en la plaza... El verdadero aficionado va á los toros cuando cree de buena fe que debe ir, según el cartel que ofrecen; no siempre. ¡Qué más quisieran las empresas! Lo de siempre es para los que allí tienen que cumplir alguna obligación.

Bueno; pues, como decíamos, ya el público se disponía á asistir al *debut* como ganadero de García de la Lama, confiado en las palabras de la Empresa y en la palabra del ganadero, cuando se le ocurre á la autoridad suspender la función *¡por la insignificancia de los animalitos!*

Luego, al mundo entero, murmurar se oía:

—¿Salvador García

no consentiría tan gran desafuero?...

¡Deja que me ría de ese ganadero

de menor cuantía!

Pues así son muchos. ¡Y menos mal si no llevan á los Tribunales á los empresarios, cuando éstos, que pidieron toros y como tales pagaron, se niegan á recibir novillos, temerosos de los desmanes que puede ocasionar el burlarse del público; que si algunas veces pasa por todo, también á veces suele armarse de uñas!

Pero, no seamos pesimistas: esperemos que la regeneración y la inteligencia de que va dando muestras la afición, y el pundonor de los toreros, harán que las cosas vayan por donde deben ir.

¿Que no irán?... Ya digo que desconfío mucho de los propósitos y de la bandera que quisieron alzar como principales ó únicos mantenedores del esplendor del espectáculo los ganaderos.

Esperemos, sin embargo; aunque, según los aficionados á profecías,

*Grande cosecha de Judas  
dicen que ha de haber ogaño.*



# Lo que no sabe el Chiquito.

---

## SUMARIO

Todos descabellan, menos *Chiquito*. — *Chiquito* hiere derecho. — Lo que le pasó con un escarabajo. — D. Luis y Ricardito. — Consecuencias de abusar del descabello. — ¿Debe suprimirse? — El descabello cubre imperfecciones de matador. — No los más bravos suelen ser hábiles estoqueadores. — *Frascuelo* y *Quinito*. — ¿Está en el miedo la falta de buenos matadores? — El torpe y el hábil. — ¿*Mazzantini* ó *Machaquito*?



## LO QUE NO SABE EL CHIQUITO

Pues amarga la verdad,  
quiero echarla de la boca.

*Quevedo.*

Sólo uno, entre cuatro ó cinco docenas de espadas con alternativa que contamos en la actualidad, sólo uno no sabe descabellar; y ese es el *Chiquito*.

Esto, que para muchos significará defecto, es, precisamente, todo lo contrario para el buen aficionado. Virtud, ó algo así. Por eso mismo escasea, ó escasean los matadores que no recurren al socorrido sistema de acabar con la vida de los toros por medio del descabello. ¿Por qué al maestro Sánchez de Neira se le ocurriría decir que era suerte muy lucida...?

El matador que se *reúne* bien, el que *empareja* como debe, hiere derecho, y el que hiere derecho, lleva todas las probalidades de matar pronto y con gran éxito. Es decir, que el que sabe matar y no solamente sabe, sino que mata, no tiene para qué acudir al descabello.

Una tarde hirió el *Chiquito* á uno de sus toros con una estocada bien dirigida y á la que le faltaban pocos dedos para ser completa. Y, ya porque el toro fuese muy hondo, ó porque, duro y bravo, se resistía á la muerte, lo cierto es que se mantuvo de pie largo rato, buscando defensa en las tablas próximas á los chiqueros.

*Chiquito*, que aquel día se hizo aplaudir, como siempre, rabiaba de impaciencia, porque el bicho no se echaba.

—Este escarabajo—lo de escarabajo decía por la pinta, no por la pequeñez del toro—me va á amargar la tarde...

Y así fué: cuando Rufino se disponía á entrar de nuevo, tuvo la debilidad de atender las indicaciones del otro espada con quien alternaba; y—¡por primera vez en su vida!—intentó el descabello.

¡Nunca lo hubiera hecho!

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...—decía el público á grandes voces, contando los golpes que atizaba en vano; hasta que el toro tuvo por conveniente entregarse...

Desde entonces, cuando tropieza con *escarabajos* por el estilo, procura sepultar la espada hasta la empuñadura, para asegurarlos á la primera, ó entra á matar cien veces—si así lo creyera necesario—antes que apelar al descabello.

¿De cuántos de aquellas docenas de matadores que hoy contamos, puede decirse lo mismo?

Creo que de ningún otro.



¡Cualquiera les cuenta cómo Mazzantini, aquel paisano del *Chiquito*, decía, volviéndose á las puertas de arrastre, cuando se preparaba á estoquear:

—¡Que salgan las mulillas!

Pero ¡D. Luis fué D. Luis...!

\* \* \*

El descabello se aplaude hoy tanto ó más que una estocada recetada con arreglo á los preceptos del arte de la lidia.

Matadores que anduvieron desacertados en el uso de la espada; que escucharon insultos y amenazas del público y amonestaciones del presidente, hemos visto retirarse al estribo entre palmas y bravos, porque tuvieron el acierto de atinar descabellando, cuando el toro, conservando energías, pudo ser herido cara á cara...

Ese abuso del descabello—que únicamente debe emplearse en los casos en que, herido de muerte el animal, no hay para qué prolongar su agonía—ha llegado hoy á tal extremo, por el indebido aplauso que se le otorga, que muchos toros son arrastrados antes de tiempo; antes de haber dado el juego á que se les destinaba.

Ricardo, el segundo de los *Bombitas*, fué, acaso, el que más abusó del descabello en esas condiciones, por tapar sus defectos como estoqueador. Y lo que por complacencias de los públicos se le perdonó, es hoy vicio que hay que perdonar á todos.

Lo malo se pega pronto...

Por ese indebido empleo que se hace del descabello, hemos tenido que lamentar muchas desgracias en los últimos tiempos. Rebotados los estoques, han ido á parar á los tendidos...

La Prensa, en general, ha discutido, á raíz de esos accidentes, sobre el uso y el abuso del descabello; y, con más buen deseo que conocimiento técnico, llegó á pedir su supresión.

A nosotros poco nos importaría que desapareciese; antes bien, nos holgaríamos, porque ello probaría que los matadores se aplicaban al estoquear y que no necesitaban de aquel complemento. . .

Pero ¿llegará ese día? ¡Desgraciadamente, no!

Siempre habrá toreros que toreen *donde el toro quiera*, como le ocurre á Belmonte, y nunca faltarán quienes toreen donde quieran ó donde comprendan que deben torear, como Joselito; aunque los públicos no quieran ó no sepan apreciar esa diferencia.

Los primeros tienen el toreo que diríamos *de campo*; no distinguen de terrenos, ni de querencias: todo el redondel es igual para ellos, y allí donde hallan al toro, sin reparar en su disposición, se preparan á ejecutar las suertes, siendo ellos los toreados. Y por sus desconocimientos tienen que apelar á recursos, como el descabello, para cubrir imperfecciones, por muy arrojados que sean al atacar con la espada.

Siempre habrá toreros inteligentes, despiertos y observadores, como habrá quienes se empeñen en

seguir una senda por la que no han sido llamados. Aquéllos—sin exponer lo que otros, que

*ponen todo el corazón  
en donde ponen la espada;*

sin provocar la trágica emoción de algunos cuyo funcionamiento cerebral parece anormal, porque se lanzan á sepultar el afilado estoque en las entrañas del astado bruto con una fuerza extraordinaria que parece obedecer á una pasión fuerte, á una obsesión de su espíritu —, aquéllos, verdaderamente diestros, poseedores del secreto, de la difícil facilidad del que nació artista, ejecutan las suertes con una precisión que diríamos académica, y no necesitan recurrir al descabello, sino en muy contadas ocasiones; mientras que los otros, bravos, fieros y salvajes como el toro, se estrellan ante las dificultades que no saben vencer, y ¡descabellan!

*Quinito*, ejemplo de los primeros, no da la emoción que daba *Frascuero*; pero tampoco exclama:

—¡Este toro es todo hueso!

Como alguna vez dijo *Frascuero*, cuando pinchaba en lo duro, sin acertar con el *sitio* de la muerte.

\* \* \*

¿Por qué aficionados de reconocida competencia ponen á prueba el valor del torero sólo en el instante de matar? ¿Cómo no reconocen que muchos, que ni fueron valientes ni hábiles estoqueadores en la juventud, acabaron siendo diestros y seguros, en

años en que escasean las energías y audacias de los mejores días?

Claro que el valor es condición indispensable para ser torero, y que el valiente tiene mucho adelantado para aprender y llegar á ser pronto un maestro; pero también es verdad que al que no tiene otra cosa, le sucede lo que al que tiene una buena voluntad, sin disposición para llevarla á término. ¿Quién que sea torero no desearía el renombre de *Lagartijo*, la popularidad de *Frascuelo* y *Mazzantini*, la posición de *Guerrita*?

El que sólo se distingue por su valor—valor que más pronto ó más tarde pueden quitarle los toros—puede verse obligado al retiro, si antes, como ha ocurrido en ocasiones, no le sale la vida por las bocas abiertas á la muerte...

Sin embargo, para muchos aficionados, la falta de buenos estoqueadores está en el miedo ó en el poco arrojo del diestro, no en el desconocimiento de la suerte.

Y yo quisiera que me explicasen cómo el calvo *Gallo*, que nunca pasó por valiente, ni mucho menos, ha ejecutado suertes para las que tan necesario como el arte es el valor: cómo pisa muchas veces terrenos que no pisaron *Espartero*, *Reverte*, *Machaquito*, etc., etc., y cómo éstos siendo más valientes, siendo más decididos, torearon más distanciados que el calvo, más inseguros, más movidos.

Quizá dijeran que el calvo torea mejor que aqué-

llos, porque es su fuerte; porque tiene seguridad de salir airoso como torero.

Y yo añado que si ese conocimiento que tiene para torear, tuviese para matar, el *Gallo* sería un excelentísimo estoqueador.

¿Qué murmuran ustedes? ¿Que el *Gallo* sabe matar, pero que no mata porque le falta corazón? Nada de eso. Tiene corazón, como lo prueba en otros momentos de la lidia. Lo que le falta es aquello que decíamos: conocimiento de esa suerte, que nadie debió explicarle, ó le explicaron mal.

Todos sabemos que el maestro Fernando Gómez, *Gallo*, era *doctor* en ciertas materias, pero en otras, completamente lego; y el calvo no cursó en otras aulas que en las de su padre...

\* \* \*

En resumen: el descabello se debe emplear cuando, bien herido el toro, se resista á echarse y el espada se figure que pelagra su lucimiento.

El descabello, en estas circunstancias, es fácil de realizarlo; como hoy se emplea, estando vivos los toros, es peligroso para el que lo intenta y para el espectador.

Los matadores que no saben descabellar, son generalmente buenos; porque esa misma torpeza en atinar en el nacimiento de la médula espinal, indica que han tenido que practicarle pocas veces.

La falta de buenos espadas no se debe al miedo, sino al desconocimiento de la manera de ejecutar la suerte; porque ni los más bravos han sido excelentes matadores, ni los que mejor han estoqueado, han llamado la atención por bravos.

Una cosa es ser bravo y acostarse sobre el toro, y otra muy distinta el ser buen estoqueador: aquéllos son torpes y no rematan la suerte, y éstos son hábiles y artistas; aquéllos van á lo que salga, á matar ó á que les mate el toro, y éstos á matar y á matar bien.

Torpe era *Machaquito*: hábil era Mazzantini. ¿Por cuál votaban ustedes?...

---

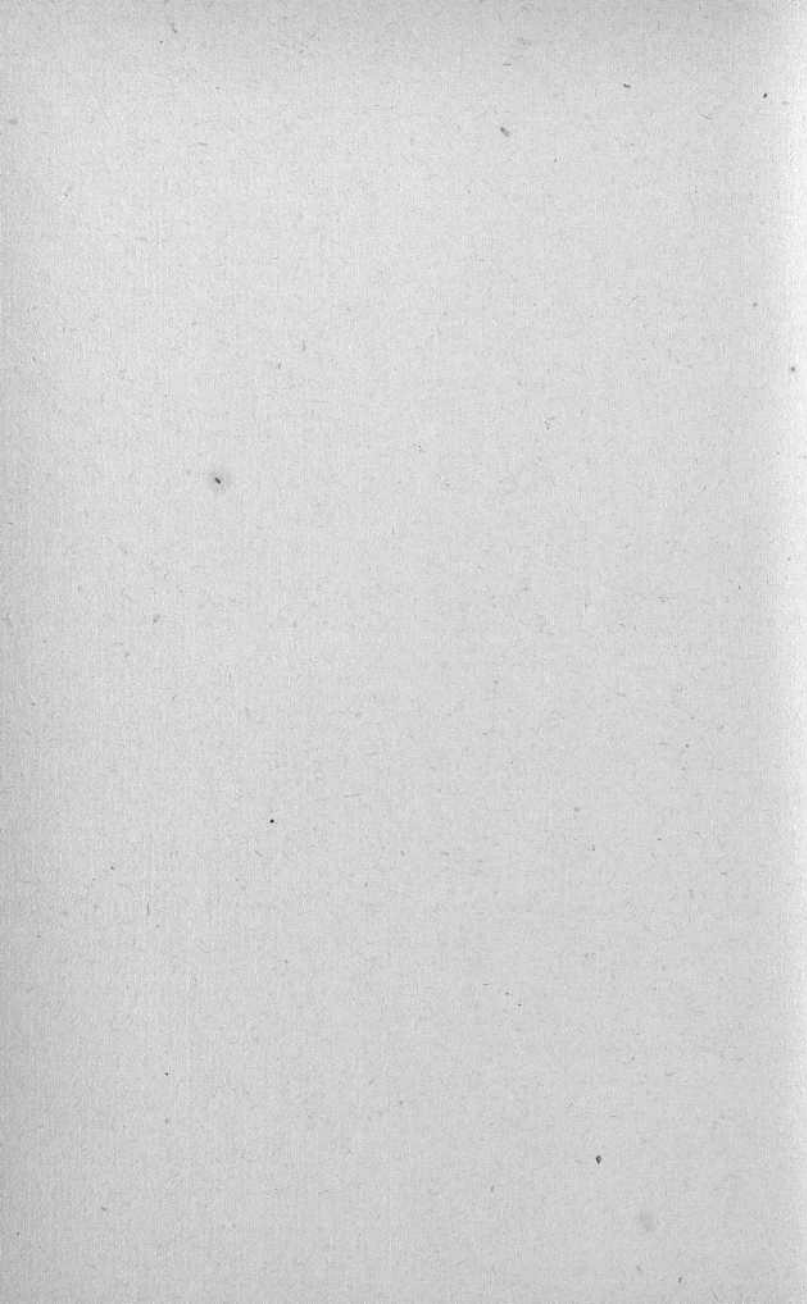
---

## Notas biográficas.

---

### SUMARIO

El carácter del *Chiquito* no es el más adecuado para medrar en los toros.—*Chiquito*, torero precoz.—*Chiquito*, el primer aficionado vasco que pasa á Sevilla.—Incidentes en el viaje.—La vuelta al hogar.—*Cocherito de Murcia*, *Paquiro*, Guillén y Calderón.—El picador *Aventurero* se mete á empresario.—La alternativa del *Chiquito*.—*Chiquito* en América.





## NOTAS BIOGRÁFICAS

Siendo su designio tal,  
necesitaba de obra y de presteza.

*Quevedo.*

El lector, que ya tiene noticia de la exagerada modestia y del carácter del *Chiquito*; el lector, que sabe que no son éstas las mejores condiciones para triunfar en la profesión torera, no se sorprenderá de la lenta, pero segura marcha, con que sube al alto puesto que como estoqueador y torero debe ocupar.

Tampoco le extrañará que hayamos afirmado que fué el más precoz de los toreros de su tierra, si recuerda que se dió á conocer sólo, sin auxilio de ningún género, llevado de las esperanzas que fundó en su valor y en su afición loca. No hay, pues, en ello contradicción.

Siendo adolescente presenció capeas en los pueblos inmediatos á Bilbao, despertándose su afición; y midiendo sus fuerzas, convencido de que su cuerpo iría donde el corazón le impulsase, una mañana de un sábado, sin descubrir á nadie sus pensamientos y sin aguardar á la tarde, para cobrar los jorna-

les de la semana, abandonó su oficio de grabador en cristal; y como el náuta que primeramente se aventuró mar adentro, confiado en su corazón, allá se fué Rufino, camino de Miranda, donde se celebraban unas capeas. . .

¿Quedó satisfecho de aquella prueba? Indudablemente: llegó á reunir 175 pesetas y pudo darse el gustazo de comer y dormir en fonda, ya que la noche anterior no la pasó tan bien, ni mucho menos.

Y luego, terminadas las capeas, ¿qué camino tomaría? ¿El de casa? No; lanzado ya á la vida que había escogido, no estaba bien que un hombrecito de su temple se encerrase otra vez en la fábrica, sin buscar nuevos horizontes, sin orientarse hacia el porvenir que él mismo se había trazado. Y como había oído decir que hallaría mayores facilidades en Sevilla que en su tierra para ver cumplidos sus deseos, pues á Sevilla se encaminó.

¿Que no había ido antes ningún otro paisano suyo? ¡Qué importaba! ¡Alguno tenía que ser el primero! . . .

Llegó á la Corte, aprovechándose de las estratagemas de que se valen los aspirantes y conservando casi intactas las pesetas de Miranda. Un día de descanso, y de nuevo á viajar en las condiciones poco recomendables de los que no pagan billete. Rendido por el cansancio, aterido, desfallecido, más muerto que vivo, le sorprendieron unos empleados allá por Valdepeñas.

—¿De dónde vienes?—le preguntaron, y cuando

esperaban que contestase, como otros, que desde la inmediata estación anterior, *Chiquito* contestó:

—¡De Bilbao!

Aquella espontánea respuesta, aquella franqueza del chiquillo les dejó estupefactos; pero su asombro fué mayor cuando le oyeron decir que iba á Sevilla á hacerse torero... ¡Vaya una fuerza de voluntad la del mozalbete que, en tales condiciones, llevado de su afición, cruzaba de extremo á extremo la Península que años después recorrería con las comodidades reservadas al vencedor!

Los empleados, encariñados con el bravo chiquillo del Norte, por cuyas venas circulaba una sangre que ellos la creían patrimonio exclusivo de los meridionales, convidáronle á comer en su compañía y le proporcionaron un asiento menos malo, en el que pudiera continuar su arriesgada expedición. Pero, ¡el tren era de mercancías...! ¡Todos los correos le dejaban atrás...! ¡Y el término del viaje, ni en sueños lo veía...!

En Córdoba habían desaparecido los empleados que le protegían, ó se habían olvidado de él... Los vagones que precedían al que ocupaba, arrancaron: sólo el suyo permanecía quieto. ¿Qué pasaba? Por fin, empezó á resbalar en los rieles... ¡Gracias á Dios! Pero, sus ojos veían mal, ó el vagón no seguía el camino de los otros... ¿A qué obedecía aquello?...

Aislado el vagón, era llevado al taller de reparaciones...

Dió un salto, corrió por la vía, sin saber qué rumbo tomar, y poco después, en un correo, siguió á Sevilla.

Si la biografía pudiese explicar paso á paso la vida del retratado, aquí podríamos narrar todas las incidencias de su permanencia en la capital de Andalucía, donde le llamaban *El Bilbaíno*; de los días que trabajó en Dos Hermanas, recogiendo naranjas, ó empapelándolas, desde las cinco de la mañana hasta las tres de la madrugada, ganando un jornal de seis reales; de los días que vivió en Triana y de sus andanzas por los encerraderos y las tientas: pero ese calvario, muy parecido al de otros principiantes, no tiene el interés de los hechos de más relieve que la biografía consigna como salidos de lo vulgar.

Al cabo de cuatro meses de ausencia, sin noticias de la familia, ni la familia de él, emprendió el regreso á casa, en idéntica forma que la ida, pero exhausto de recursos.

Su pobre madre, inconsolable desde la desaparición de Rufino, salía una mañana con un cántaro de leche, que la distribuía en algunas casas, cuando de pronto, como quien ve una aparición, se encuentra con su hijo, que, desfigurado, harapiento, con la debilidad pintada en el semblante, corría á abrazarla. Así permanecieron un rato, mudos ambos. Rufino, apropiándose del cántaro, lo vació.

—¡Bebe, hijo mío! —decía la buena mujer—: ¡Bebe, aunque tengamos que comprar leche para los parroquianos...!

Mucho hicieron sus padres para que Rufino abandonase el camino emprendido, y aunque conocían su fuerza de voluntad y la tenacidad que en todo ponía, llegaron á creer que sus consejos y súplicas no eran desatendidos, viéndole formalote, poco amigo de jarana y menos amigo de la exhibición, como por regla general suelen ser los toreros. *Chiquito* se esforzaba en pasar desapercibido: no se le veía alternar con profesionales, y ni en su vestir, ni en nada, daba á entender los grandes ánimos de que se hallaba poseído.

Pero sus padres se equivocaban. Había en el chiquillo una afición, un deseo de demostrar su valor ante el peligro, una confianza tan grande en sí mismo, para dedicarse al arte; tan seguro estaba de triunfar quien, con una tranquilidad sin ejemplo, vió cerca de sí á los toros feroces en su odisea sin igual, que cuando supo que un tal *Paquiro* y el *Cocherito de Murcia* (dos novilleros de escaso renombre, avecindados en Bilbao) iban á Lequeitio, á ellos se sumó, figurando en carteles y vistiendo por primera vez el vestido de luces.

El de Murcia—como en él era costumbre—, poco después de comenzado el espectáculo, dijo que se había lastimado, y aunque nadie se explicaba cuándo ni cómo sucedió el percance, pasó á la enfermería y de allí á casa, dejando al compañero la labor encomendada á los dos.

El público, que desde el primer momento fijó su atención en Rufino, aquel mocito delgadillo que á

todo se arriesgaba y lo intentaba todo, cuando los otros huían, provocando unas veces la risa y otras la indignación, pidió que estoquease el novillo, al que acababa de colgarle dos pares de banderillas con más valor que arte. *Paquiro* se negó, y mientras brindaba, cogió el *Chiquito* una banderilla, y sobre ella, como palo de muleta, armó un capote, con el que se puso á pasar al novillo, con gran contento del público, que le ovacionaba, y con asombro de *Paquiro*, que, al volverse, halló al *Chiquito* simulando la estocada con un palo...

Pocos días después debutaba estoqueando en Arcenales. Guillén, un pobre maleta riojano, viejo y caduco, que también sentó sus reales en Bilbao, le llevó con él y sin más ni menos cuadrilla que ellos dos. Guillén iba ajustado en dos duros: el toro que había de despachar éste, era uno de la tierra, un toraco salvaje, al que condujeron atado á un carro; y al verlo, dijo que él no se comprometía en aquella empresa si no le pagaban por lo menos treinta pesetas. Así se hizo, y en la sacristía de la iglesia, mientras en el altar oficiaba el sacerdote, vistiéronse Guillén y *Chiquito*. La cosa fué bien, y el joven espada recaudó sus buenas pesetas, á las que añadió algunas más el anciano, en pago de los servicios por aquél prestados.

Llegó á Bilbao la noticia del buen éxito alcanzado por el *Chiquito*, y el antes nombrado *Cocherito de Murcia*—que ahora se dedica á vender baratijas en las ferias—le llevó como sobresaliente (por pagar-

le menos) á cuantas funciones *le salían* por los pueblos, en todas las que el sobresaliente sustituía al espada. Toreando en Cestona, el presidente llamó al *Cocherito*, al que, visto su comportamiento, le repriminó diciendo:

—¡Tú ser un farsante! ¿Te oyes bien? ¡Un farsante! ¿Tú, torero?... ¡Quítate d'ahí! Y como engañarnos has hecho, pues, este chiquito, de Begoña que dicen que es, y *morroscó* valiente, tiene que cobrar todo; tú, nada; nada has hecho y... ¿Qué te has creído tú, pues...? ¿Engañar...? ¿Así se engaña ú qué? ¿Valiente que te eras? ¡Valiente valiente estás tú! ¡Ni pulgas matar harías...!

En 13 de Octubre de 1901 se presentó en Bilbao como sobresaliente, matando el último, de Clairac, muy bien.

Antes había actuado en Vitoria, primera plaza de toros que pisó, estoqueando con Manuel Calderón, que era Empresa, y que le pagó por su trabajo ¡cinco duros!

El picador *Aventurero* organizó en Bilbao una función, para la que le contrató en 175 pesetas, debiendo matar él solo cuatro bichos de Salamanca. Y aunque el *Chiquito* salió enfermo á la arena, despachó bravamente los cuatro regalitos que le preparó el *Aventurero*, y ¡aún le debe los treinta duros estipulados!...

Al año siguiente mató en Fuenterrabía cuatro de Miura, que le desnudaron siete veces; y allá volvió en Mayo y Septiembre de 1903, trabajando en esta

última en corrida mixta con el matador de toros, aquel año alternativado, *Morenito de Algeciras*.

Continuó toreando por las plazas de aquella región, y en 31 de Julio de 1904 se presentó en la de Madrid, con *Platerito* y *Almanseño*, en la lidia de tres toros de Palha y tres de Muriel, confirmando la fama de valiente de que venía precedido, particularmente al estoquear el último (*Panadero*, de Muriel), que llegó á la muerte en pésimas condiciones.

Aquel año y siguientes toreó buen número de novilladas en plazas de categoría y con gran éxito; saliendo á torear muchas veces con las heridas de las últimas cornadas aún abiertas.

El invierno de 1907 á 1908 pasó á Venezuela, donde trabajó en triple número de corridas á las que fué contratado; y en 8 de Septiembre de este último año recibió la alternativa en Bilbao, de manos de *Cocherito*, que le cedió el toro *Lagunito*, de Conradi, al que *Chiquito* citó á recibir y mató de una estocada formidable que hizo innecesaria la puntilla.

Pasó el invierno siguiente en México, donde tomó parte en 14 funciones y en 17 en el siguiente, hasta que, en 11 de Septiembre de 1910, confirmó en Madrid la alternativa de Bilbao, estoqueando con general aplauso los toros *Barroso* y *Podenco*, de Benjumea, alternando con *Regaterín* y Gaona.

Tomó parte en 18 corridas al año siguiente; 15 en 1912; 16 en el de 1913, 10 en el penúltimo y sólo tres en el que acaba de pasar á mejor vida, sin que nadie se explique el motivo de este abandono en que



le tienen las empresas; cuando ni las graves cornadas que recibió en Zaragoza, en Madrid, en Palma de Mallorca, en Caracas, etc., han aminorado su valor; ni los desengaños amargos que ha sufrido resignado y silencioso de la versatilidad de la afición, le han quitado los entusiasmos que siempre tuvo.

Pasó á Lima el otoño, de donde el cable nos transmite concisas pero elocuentes noticias de los grandes éxitos que allí consigue, y pasará á Panamá y á Venezuela cuando termine la temporada en el Perú, á reverdecer las glorias allí logradas antaño, regresando á la Península, *Deo volente*, á principios de Abril.

---



## Conclusión.

---

### SUMARIO

¿Es merecedor el *Chiquito* del olvido de las Empresas? — ¿Es inoportuna mi voz de alerta? — El *Chiquito* es grande.



## CONCLUSIÓN

Y á un pecho constante y firme  
¿con ingratitud le pagas?

*Quevedo.*

Desde que el *Chiquito* apareció en los redondeles, ningún otro torero, vasco ó no vasco, acertó á dar tantas pruebas de valor; aunque á veces por sus condiciones personales, no supo hacer ver al público el oro fino de que estaba hecho su corazón.

Nadie ha puesto en duda ese valor, como tampoco los conocimientos que tiene del arte.

Prefiere el *Chiquito* la verdad á la elegancia en las suertes, y aunque desde niño corrió por toda España, y especialmente por Andalucía, no por eso ha perdido las características, que en él se acen-túan, del hombre que habita aquella región que tiene á espaldas el Pirineo y al frente el rabioso Cantábrico,

*en donde los vientos dan  
á las nubes con las olas  
cintarazos de cristal.*

Y siendo esto así; siendo el *Chiquito* el único de

los infinitos novilleros que por Madrid pasaron en 1905 y 1906 que no fracasó, como mejor que otro puede atestiguar D. Pedro Niembro, ¿no es extraño el proceder de la Empresa madrileña y el de otras, cuando todos sabemos que, obedientes á las instancias ó presiones de unos cuantos—mejores mercaderes que aficionados—, se desviven por servirles, con evidente daño del que vale y con poco fruto para el arte?

Dígame el lector si las quejas de que van pobladas estas páginas, no las considera justas y sinceramente razonadas, y si es inoportuno el llamamiento que hago á la afición, en cuyo despertar tengo puestas muchísimas esperanzas.

¿Hay relación entre los méritos del lidiador vizcaíno y el número y calidad de las funciones en que toma parte?

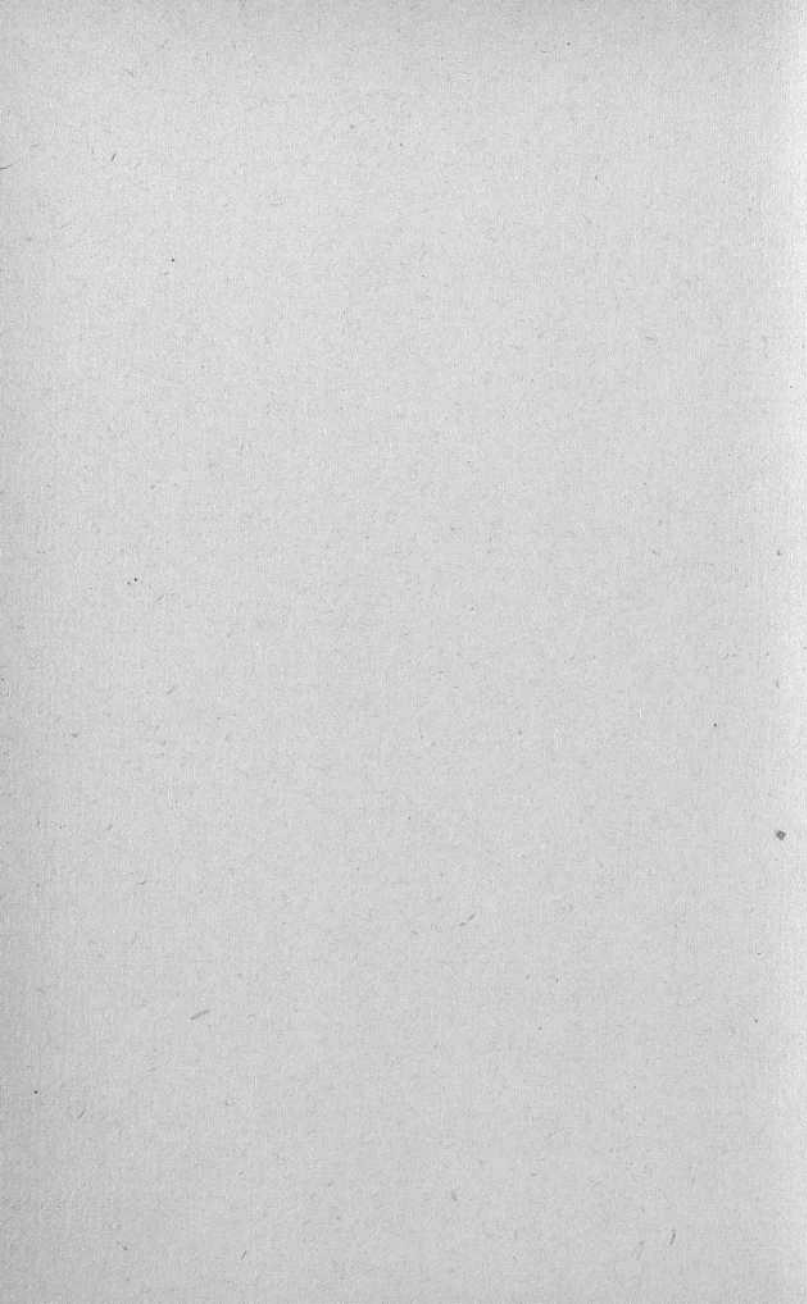
No; porque el *Chiquito* no es un loco, ni un engañado, ni un ignorante que sólo busca el lucro: es un verdadero aficionado, con la misma vocación y las mismas ilusiones que tuvo al comenzar. *Et Chiquito es grande*: grande para la lucha con el toro y grande para sobrellevar con serenidad las contrariedades de la vida. ¡Cuántos, con menos motivo, se retiraron amargados por lo que creían inconstancias ó desdén del público!

Si el *Chiquito* no fuese grande, no habría injusticias que señalar en este caso; ni yo me hubiese entretenido en escribir estas cuartillas, probando que hay más locos que cuerdos en la afición.

Pero hay cuerdos, aunque pocos, y ellos saldrán victoriosos en la lucha entablada con aquéllos; y á los cuerdos me dirijo, á los que seguramente prestarán á este libro la acogida que dispensaron á otros trabajos míos, en los que, á falta de grandes ideas, á falta de originalidad y de bellezas en la expresión, encontrarán un propósito noble y un horror inmenso á las mentiras y locuras que en esta época, como en todas las de la humanidad, recorren el Planeta enervando el espíritu y degradando los caracteres.

Vosotros diréis si he cumplido en la medida de mis fuerzas lo que me propuse; vosotros, los que no tenéis las aspiraciones de los hombres nacidos para el mal ó que con el mal se satisfacen; los que amáis el bien por el bien mismo.

---





# ÍNDICE

---

## Página.

- EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO: La Empresa de la Plaza madrileña.—El caso de Gaona.—¿Por qué no figura el de Begoña en el abono?—La voz de la afición.—Primer libro de toreros vascos. . . . . 7
- ANTIGÜEDAD DE LA FIESTA: La fiesta de los toros es netamente española.—Trasladada á otros pueblos, pierde su grandeza.—Su variedad, dentro de su unidad, favorece el interés que despierta.—Grecia, Roma y España en los juegos públicos.—Antigüedad de la fiesta en Vasconia.—Vasconia pueblo único en la historia por su moralidad, su administración y espíritu de sus moradores.—Fiestas de toros en Bilbao.—Idem, ídem en Bermeo: novillos en el puerto.—*Frascueto* en Tolosa. . . . . 15
- ¿TOREROS Ó TORERAS?: No todo ha de ser para los fenómenos.—Nuestro apostolado por la fiesta de toros.—Muchos revisteros más dañan que favorecen á la fiesta.—Razón de este libro.—*Chiquito* en la suerte de recibir.—¿Volverán *La Fragosa* y *La Reverte*? . . . . . 35
- LA SANGRE DE FRASCUETO Y DE REVERTE: Hoy no se cotiza el valor.—Los bandos en la afición.—Las competencias.—Reacción que se observa en nuestros días.—¿Qué se opone al encumbramiento del *Chiquito*?—Cómo torea.—Lo que influye en la vida del artista la opinión primeramente formada.—Progresos que se han notado

	<u>Página.</u>
en la carrera del de Begoña.—¡Siempre torero de vergüenza!—Valiente, sí; suicida, no.—La sangre que lleva.—El <i>Chiquito</i> como hombre y como artista.....	45
EL ORO Y EL TORO: La vocación torera.—Cuándo se pone á prueba la legitimidad de la vocación.—El <i>Chiquito</i> ante el toro.—¿Era característica de otros tiempos el culto á la gloria?—¿Es la avaricia el signo de estos tiempos?.....	59
ROSAS Y ESPINAS: El año 1880.— <i>Machaquito</i> y <i>Chiquito</i> .—Lo que quiere el aficionado.—La lucha en el redondel.—¿Recobrará la fiesta su pasado esplendor?—El público.—La Prensa.—Toreros.—Ganaderos.....	69
LO QUE NO SABE EL CHIQUITO: Todos descabellan, menos <i>Chiquito</i> .— <i>Chiquito</i> hiere derecho.—Lo que le pasó con un escarabajo.—D. Luis y Ricardito.—Consecuencias de abusar del descabello.—¿Debe suprimirse?—El descabello cubre imperfecciones de matador.—No los más bravos suelen ser hábiles estoqueadores.— <i>Fras-cuelo</i> y <i>Quinito</i> —¿Está en el miedo la falta de buenos matadores?—El torpe y el hábil.—¿Mazzantini ó <i>Machaquito</i> ?.....	79
NOTAS BIOGRÁFICAS: El carácter del <i>Chiquito</i> no es el más adecuado para medrar en los toros.— <i>Chiquito</i> , torero precoz.— <i>Chiquito</i> , el primer aficionado vasco que pasa á Sevilla.—Incidentes en el viaje.—La vuelta al hogar.— <i>Cocherito de Murcia</i> , <i>Paquiro</i> , Guillén y Calderón.—El picador <i>Aventurero</i> se mete á empresario.—La alternativa del <i>Chiquito</i> .— <i>Chiquito</i> en América.....	89
CONCLUSIÓN: ¿Es merecedor el <i>Chiquito</i> del olvido de las empresas? ¿Es inoportuna mi voz de alerta?—El <i>Chiquito</i> es grande.....	103

## DEL MISMO AUTOR

---

EL SECRETO DE BELMONTE. . . . . 2 pesetas. (Agotada.)

EL CHIQUITO ES GRANDE. . . . . 2 pesetas.

### EN PRENSA

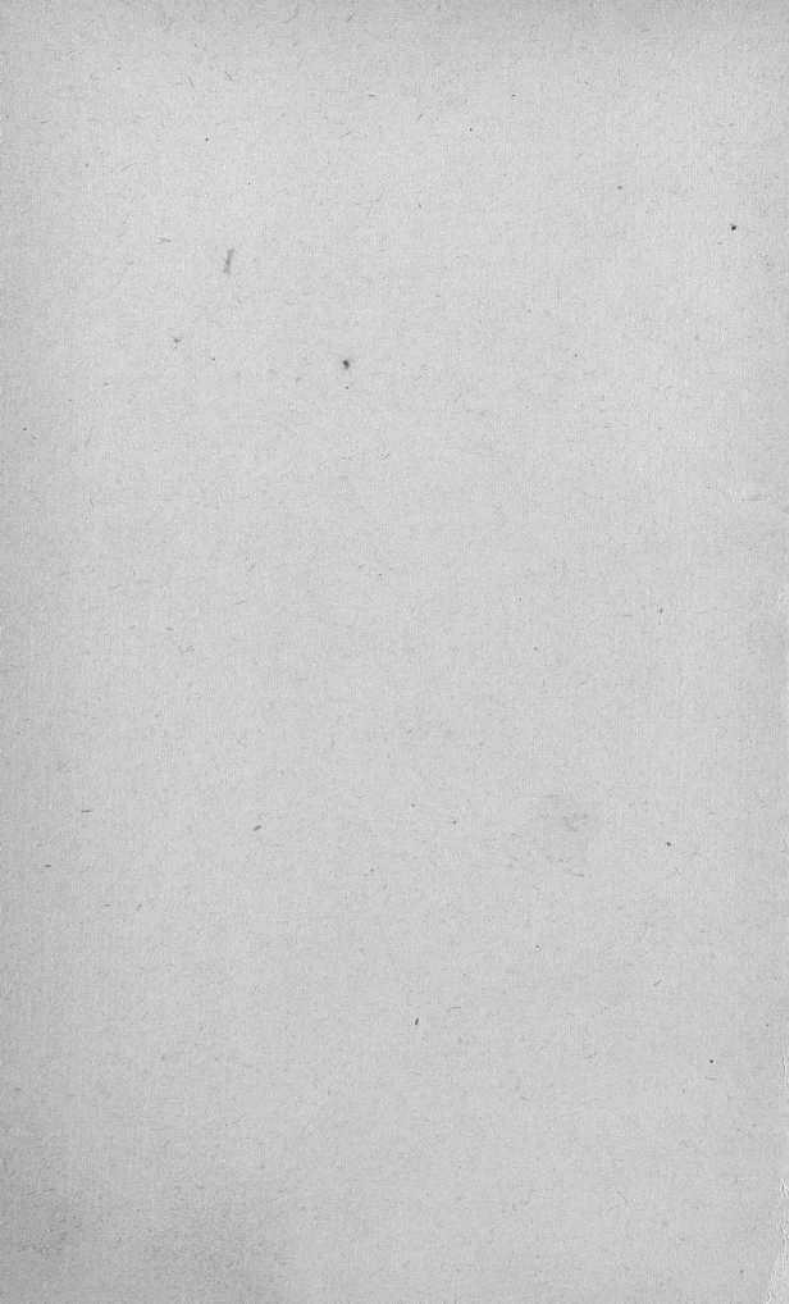
LOS OJOS DEL TORO. (Nuevas orientaciones tauro-  
máquicas.)

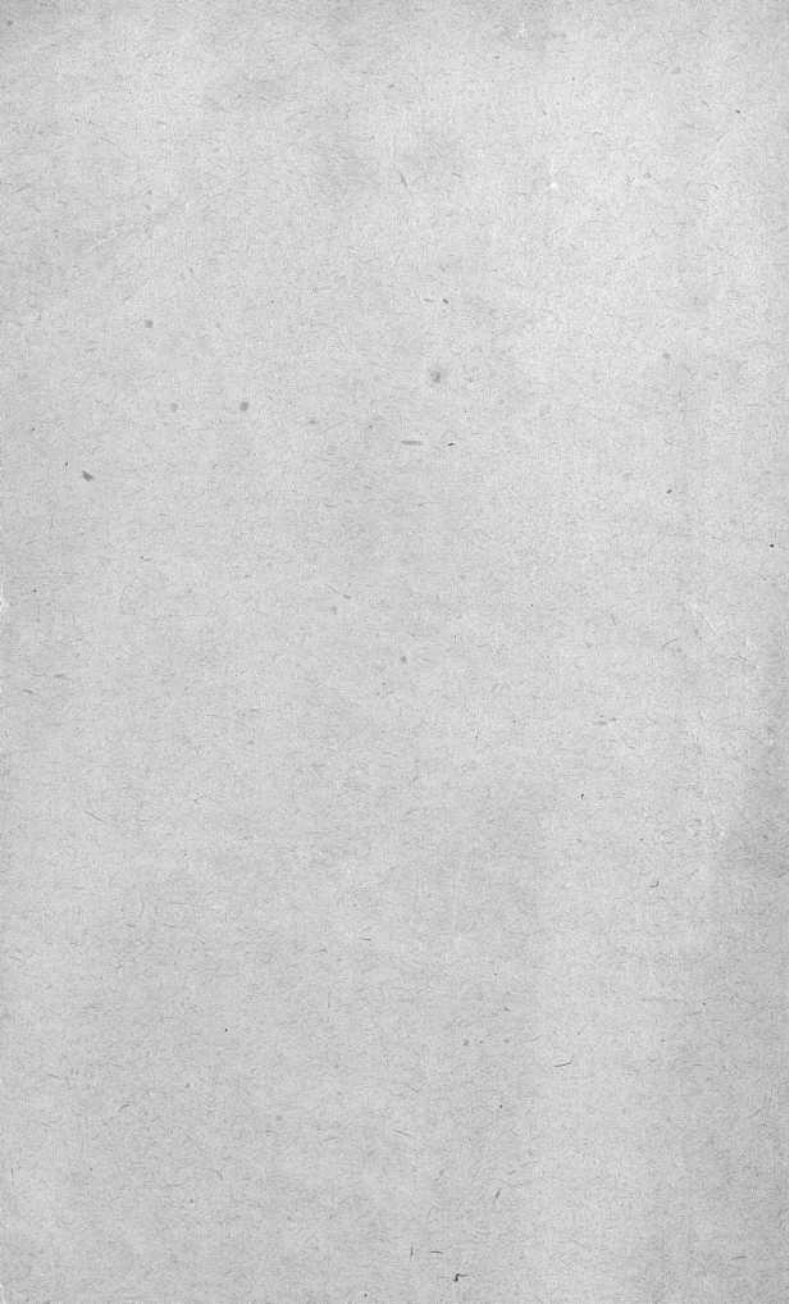
### EN PREPARACION

AMOR, FELICIDAD, SALUD, DINERO.

LA MALA ESTRELLA. (Necrología torera.)

TODOS CONTRA UNO.







# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

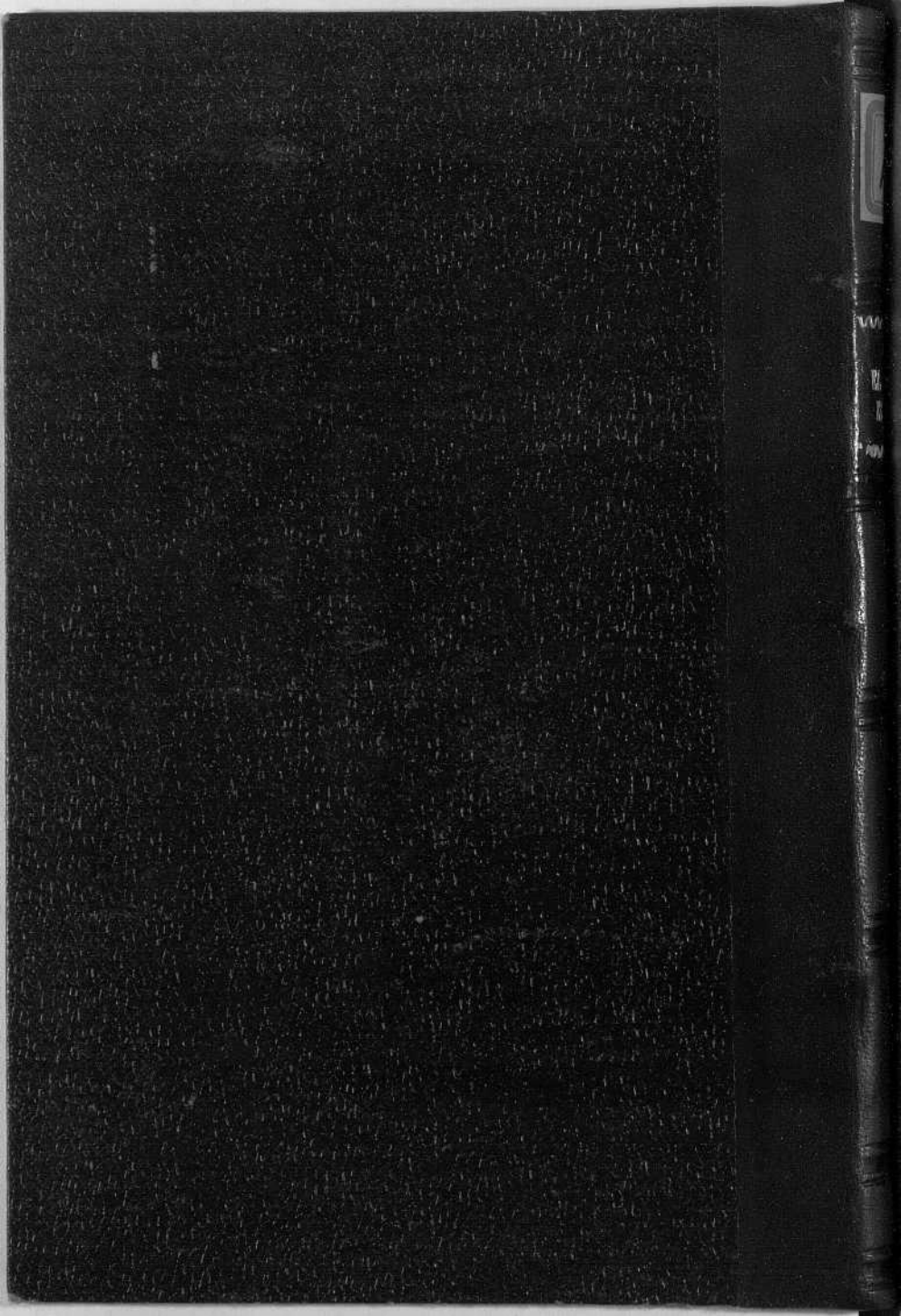
Pesetas.

Número... 1975 ..... Precio de la obra..... ..

Estante... 197 ..... Precio de adquisición .....

Tabla..... 1 ..... Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..





194.

ANÁS

EL CHISQUITO  
ES GRANDE